

Reflexiones Sobre La Vida Después De La Vida

Comentario [LT1]:

Raymond A. Moody, Jr.

Doctor en Medicina

Título del original inglés: REFLECTIONS ON LIFE AFTER LIFE

**Nuevas Investigaciones sobre el fenómeno de la
supervivencia tras la muerte física**



Testimonios de muchos casos van aumentando las evidencias de otra vida, acercándonos a la revelación del mayor misterio de la humanidad.

Tras la aparición de “ Vida después de la vida, “ el doctor Moody ha continuado sus investigaciones sobre las experiencias de casi muerte. Ha entrevistado a centenares de hombres y mujeres que estuvieron en el umbral de la muerte o fueron incluso declarados muertos. Aparecen en este volumen por primera vez elementos que no figuraban en “ Vida después de la vida.” Según van aumentando las evidencias de la existencia de otra vida, el doctor Moody nos acerca un poco más a la develación del mayor misterio de la humanidad.

“Durante un segundo me pareció conocer los secretos de todas las edades, todo el significado del universo, de las estrellas, de todo.

“Me mostró todo lo que había hecho y me preguntó si me sentía satisfecho de mi vida. Le interesaba el amor. Se trataba de amor.”

“A lo lejos, en la distancia, pude ver una ciudad. Había edificios... resplandecientes, brillantes. Se me dijo que si iba allí no podría volver”.

CONTENIDO

SOBRE EL AUTOR

RECONOCIMIENTOS

INTRODUCCIÓN

1. NUEVOS ELEMENTOS

La visión del conocimiento

Ciudades de luz

Un reino de espíritus desconcertados

Rescates sobrenaturales

2. JUICIO

3. SUICIDIO

4. REACCIONES POR PARTE DEL CLERO

5. EJEMPLOS HISTÓRICOS

6. Los niños que fueron al cielo

7. Una historia de fantasmas

6. OTRAS CUESTIONES

EPILOGO

APÉNDICE: CONSIDERACIONES

METODOLÓGICAS

BIBLIOGRAFÍA

Sobre el Autor

RAYMOND A. MOODY está casado y tiene dos hijos. Ha estudiado y posteriormente enseñado filosofía, mostrando un especial interés por la ética, la lógica y la filosofía del lenguaje. Tras haber impartido clases de filosofía, prosiguió sus estudios de medicina y decidió hacerse psiquiatra para poder enseñar filosofía de la medicina en una facultad de medicina. Durante este período estudió los fenómenos de la supervivencia tras la muerte física, dando conferencias a diversos grupos de enfermeras y médicos. Como la investigación en serio en este campo es muy reciente, el doctor Moody ignoraba que otros médicos estaban llevando a cabo investigaciones parecidas. Sólo cuando apareció *Vida después de la vida* entró en contacto con la doctora Elisabeth Kübler-Ross, cuyas investigaciones no sólo eran paralelas a las suyas, sino que *duplicaban* sus descubrimientos. Ambos se encontraron por primera vez en febrero de 1976.

Con amor para Elizabeth, que nos ha ayudado a ver el camino, y para Vi, Andy, y Dannion, tres que "volvieron".

"Abraham le dijo: Tienen a Moisés y a los profetas, que les presten oídos'.
Y él respondió: 'No, padre Abraham; pero si alguien volviera a ellos de entre los muertos, se arrepentirían'. Mas Abraham le dijo: 'Si no escuchan ni a Moisés ni a los profetas, tampoco les convencerá alguien que se levante de entre los muertos'."

LUCAS, 16: 29-31

"Es raro, ¿no?, que de las miríadas de los que
Antes que nosotros traspasaron el umbral de las tinieblas
No vuelva ninguno a describirnos el camino
Que, para poder descubrir, debemos recorrer también nosotros.

Rubáiyát, de Omar Khayyám.

RECONOCIMIENTOS

Este libro ha estado en preparación durante más de un año, y en ese período numerosas personas e instituciones me han ayudado a concebirlo y planearlo. Me gustaría dar las gracias en primer lugar a los cientos y cientos de personas que me han contado o escrito sus experiencias espirituales en el momento de enfrentarse a una muerte inminente. También me han servido de gran ayuda los comentarios, preguntas, sugerencias y referencias a otros escritos sobre el mismo tema, que tanta gente se ha molestado en enviarme.

La doctora Elisabeth Kübler-Ross me ha animado a continuar la tarea de discutir sus encuentros con la muerte con las personas que los han experimentado. El doctor Ian Stevenson me ha ayudado también, revisando y comentando la sección sobre Metodología. El doctor George Ritchie leyó el manuscrito y formuló valiosas observaciones, aun en unos momentos en que estaba muy ocupado, no sólo en el ejercicio de su profesión, sino también en la tarea de escribir un libro sobre su propia experiencia.

El doctor Beverly Belk ha recurrido a sus numerosos conocimientos prácticos y perspicacia clínica para formular varias sugerencias de gran interés sobre cómo deberían llevarse a cabo los estudios de este tipo. John Audette pasó horas y horas en las bibliotecas buscando escritos sobre este tema y preparando una bibliografía.

Doy sobre todo las gracias a John Eagle, de "Mockingbird Books", por ayudarme de tantas formas que resultaría imposible reseñarlas. Finalmente, deseo expresar mi agradecimiento a mi esposa Louise y a mis dos hijos por todo lo que han hecho para posibilitar la existencia de esta obra.

REFLEXIONES SOBRE VIDA DESPUÉS DE LA VIDA

INTRODUCCIÓN

El presente volumen, que se ha concebido para leerse en conjunción con mi anterior libro, *Vida después de la vida*, representa un tratamiento más extenso de varios de los conceptos discutidos en el mismo y la adición de algunos otros.

Desde la publicación de *Vida después de la vida* he tenido ocasión de entrevistar a otras muchas personas que han pasado por experiencias de casi muerte. De hecho, estoy descubriendo ahora tan rápidamente nuevos casos de este fenómeno, que ya no llevo la cuenta del número exacto. Como en mi anterior estudio, a algunas de estas personas se las declaró clínicamente muertas, mientras que otras sólo llegaron a estar muy cerca de la muerte, en el curso de un herida o accidente graves. En la gran masa de materiales obtenidos, han seguido apareciendo una y otra vez los quince elementos comunes de que se ha hablado en *Vida después de la vida*. Además de ellos, he encontrado algunas nuevas e inusuales experiencias que parecen ampliar la lista de elementos.

Durante años yo me había preguntado por qué, si estas experiencias *eran* tan corrientes como a mí me fue posible ver, no había también otras personas recopilando informes sobre las mismas. Tenía la sensación de que cuando daba cuenta de mis investigaciones podía pensarse que me lo estaba inventando todo. De hecho, hasta me acometió el pensamiento de que tal vez éste no fuera un fenómeno muy extendido, de que quizá, por una increíble concatenación de coincidencias, yo me hubiera tropezado con los únicos casos de esta experiencia que había o que pudiera nunca haber. Era éste un pensamiento que me asustaba, ya que al escribir *Vida después de la vida* me estaba jugando mucho a la carta de mi fe en una especie de respetabilidad; es decir, en la confianza de que cualquier investigador que trabajase con interés y diligencia podría encontrar también un amplio número de casos.

De manera harto interesante, muchos acontecimientos recientes han hecho que se disipe gran parte de mi inquietud al respecto. He sabido que varios médicos más -y en lugar destacado la doctora Elisabeth Kübler-Ross— llevan tiempo dedicándose a investigar lo mismo y obteniendo resultados idénticos a los míos. De hecho, cuando la doctora Kübler-Ross recibió las pruebas de imprenta previas a la publicación de mi primer libro, escribió a mi editor diciéndole que ella podría haber escrito el mismo manuscrito sobre la base de lo que llevaba haciendo. Afirma que tiene para ahora cientos de informes de esta especie y que está en curso de preparación de un importante libro sobre la materia. Numerosos médicos y sacerdotes me han dicho también que llevaban bastante tiempo percibiendo casos aislados de este fenómeno y que tenían la impresión de que debía tratarse de algo bastante frecuente.

Cuando anteriormente yo daba charlas sobre este tema, personas que habían experimentado fenómenos de casi muerte, sólo en privado y después de acabada la conferencia se dirigían a mí. Sin embargo, en los últimos meses he observado una nueva apertura y disposición a hablar. Algunas personas relatan ya sus experiencias públicamente, y sin que se les pida, durante los períodos de discusión que siguen a mis charlas. De este modo, muchos otros están teniendo ahora la oportunidad de oír de primera mano los relatos de aquellos que han estado próximos a la muerte, y de percibir en alguna medida el calor y la sinceridad que yo mismo he encontrado en estos relatos.

Sobre la base de tales acontecimientos y de muchos otros similares, puedo decir ahora con confianza que este fenómeno, cualquiera que sea su significado último, es un fenómeno extendido. Tan extendido es, de hecho, que estoy seguro de que muy pronto la cuestión no será la de si tal fenómeno se da, sino qué se va a hacer con respecto al mismo. Uno de los objetivos de *Vida después de la vida* era simplemente presentar este fenómeno y predecir que si otras personas se interesaban por el mismo también ellas podrían encontrar casos, y ahora parece claro que hay

muchas otras personas interesadas en estudiar experiencias de casi muerte.

Así pues, como comienzo de este nuevo volumen, permítaseme repetir la formulación de la experiencia modelo teóricamente completa que formulé por primera vez en *Vida después de ja vida*, que abarca todos los elementos comunes de las experiencias típicas de casi muerte.

Un hombre está muriendo, y en el momento en que alcanza el punto de máximo desfallecimiento físico, oye que su médico le declara muerto. Comienza a oír un desagradable ruido, un fuerte zumbido o timbre prolongado, y al mismo tiempo siente que se desliza muy rápidamente por un largo túnel. Tras esto, se encuentra de repente fuera de su propio cuerpo material, pero todavía en el entorno físico inmediato, y ve su propio cuerpo desde una cierta distancia, como si fuese un espectador. Observa desde esta desusada atalaya los intentos que se hacen por resucitarle, y se encuentra en un estado de alteración emocional.

Al cabo de un rato se sosiega y empieza a acostumbrarse a su extraña situación. Se da cuenta de que sigue teniendo un "cuerpo", aunque de naturaleza muy distinta y con poderes muy diferentes a los del cuerpo físico que ha dejado atrás. En seguida empiezan a ocurrir otras cosas. Otros vienen a recibirle y a ayudarle. Ve los espíritus de parientes y amigos que ya habían muerto, y aparece ante él una especie de espíritu amoroso y cordial — un ser luminoso — que nunca había visto antes. Este ser, sin utilizar el lenguaje verbal, le hace una pregunta, para hacerle así evaluar su vida, y le ayuda a ello mostrándole una panorámica instantánea y retrospectiva de los acontecimientos más importantes de la misma. En determinado momento se encuentra aproximándose a una especie de barrera o frontera que parece representar el límite entre la vida terrena y la siguiente. Ve, sin embargo, que debe regresar a la tierra, que el momento de su muerte no ha llegado todavía. Se resiste, pues para entonces le han cautivado ya sus experiencias en la vida ultraterrena y no quiere regresar. Está inundado de intensos sentimientos de alegría, amor y paz. A pesar de su actitud, se reúne finalmente con su cuerpo físico y vive.

Posteriormente trata de contar estas cosas a otras personas, pero le resulta difícil hacerlo. En primer lugar, no encuentra palabras humanas que sirvan para describir estos episodios sobrenaturales. Tropezaba también con que los otros se burlan de él, por lo que desiste de hablarles de ello. Pero la experiencia por la que ha pasado afecta profundamente a su existencia, sobre todo a sus ideas sobre la muerte y la relación de ésta con la vida.

1 NUEVOS ELEMENTOS

A lo largo del estudio del gran número de relatos de casi muerte que he recopilado desde que acabé *Vida después de la vida*, he encontrado varios elementos nuevos que no se incluían en dicha obra. Cada uno de los elementos que trataré en este capítulo me ha sido mencionado por más de una persona, pero están lejos de ser tan corrientes como los quince originarios. Con excepción de los “rescates sobrenaturales”, todos estos inusuales elementos se han dado exclusivamente en los relatos de sujetos que tuvieron encuentros de casi muerte de extrema duración.

LA VISION DEL CONOCIMIENTO

Varias personas me han contado que durante sus encuentros con la “muerte” tuvieron fugaces visiones de un ámbito de existencia enteramente aparte en el que todo conocimiento —ya fuera del pasado, del presente o del futuro— parecía coexistir en una especie de estado intemporal. En otras versiones, esto se me ha descrito como un momento de iluminación en el cual el sujeto parecía tener conocimiento de todas las cosas. Al tratar de hablar acerca de este aspecto de su experiencia, todos han comentado que dicha experiencia era en último término imposible de expresar. Todos coincidían también en que esa sensación de completo conocimiento no persistió después de su regreso; en que no trajeron consigo ninguna suerte de omnisciencia. Estaban todos de acuerdo en que esta visión no les quitó las ganas de intentar aprender en esta vida, sino que, por el contrario, les alentó a ello.

La experiencia ha sido comparada, en varios de los relatos, a un fogonazo de percepción universal, a instituciones de enseñanza superior a una “escuela” y a una “biblioteca”. Todos hacen hincapié, sin embargo, en que las palabras que están utilizando para describir esta experiencia son sólo, en el mejor de los casos, pálidos reflejos de la realidad que tratan de expresar. Por mi parte, yo tengo la impresión de que tal vez haya un estado de consciencia subyacente en la raíz profunda de todos estos relatos.

Una mujer que había “muerto” me proporcionó el siguiente informe en el curso de una prolongada entrevista.

Mencionó usted antes que parecía como si hubiese tenido “una visión de conocimiento”, si es que se la puede llamar así. ¿Me podría hablar de ello?

Eso parece que ocurrió después de ver pasar mi vida ante mí. Era como si de repente tuviese conocimiento de todas las cosas, de todo lo que había comenzado desde el principio de los tiempos, de todo lo que seguiría durante toda la eternidad; durante un segundo me pareció conocer todos los secretos de todas las edades, todo el significado del universo, de las estrellas, de la luna..., de todo. Pero tras mi decisión de regresar, estos conocimientos se desvanecieron, y no recuerdo nada de ellos. Parece ser que cuando tomé esa decisión se me dijo que no retendría nada de ese conocimiento. Pero mis hijos me seguían pidiendo que regresara...

Este todopoderoso conocimiento se abrió ante mí. Me decían, al parecer, que iba a seguir enferma durante bastante tiempo y que estaría en peligro de muerte otras veces; y, ciertamente, lo estuve en varias ocasiones posteriormente. Me dijeron que parte de esto sería para que se borrara ese todopoderoso conocimiento que había recogido..., que se me había otorgado el conocimiento de los secretos universales y que tendría que transcurrir algún tiempo para que olvidase ese conocimiento. Pero sí conservo el recuerdo de que una vez lo supe todo, de que eso ocurrió, pero que no era un don

que conservaría si regresaba. Mas yo opté por regresar junto a mis hijos... El recuerdo de todas esas cosas que ocurrieron se ha conservado muy nítido, todo excepto aquel fugaz momento de conocimiento. Y también aquella sensación que tenía de conocerlo todo desapareció cuando retorné a mi cuerpo.

¡Parece una tontería! Sí, suena a tontería cuando lo dice una en voz alta..., o así me suena a mí, porque hasta ahora nunca había sido capaz de sentarme a hablarle a nadie de ello.

No sé cómo explicarlo, pero yo sabía, conocía... Como dice la Biblia, "Todas las cosas os serán reveladas". Durante un minuto no hubo pregunta que no tuviese respuesta. Cuánto tiempo tuve este conocimiento, eso no podría decirlo. En todo caso, no se trató de tiempo terrenal.

¿Bajo qué forma le pareció a usted que se le presentaba este conocimiento? ¿Era en palabras o en imágenes?

Bajo todas las formas de comunicación, imágenes, sonidos, pensamientos... Era todas las cosas y cualquiera de ellas; como si no hubiese nada que no fuese conocido. Todo conocimiento estaba allí, no ya un solo campo del mismo, sino todas las cosas.

Me pregunto una cosa. Yo he dedicado gran parte de mi vida a la búsqueda de conocimiento, a aprender. Si lo que usted me cuenta ocurre, ¿no es como si ese tipo de esfuerzo careciese de sentido?

¡No! Uno sigue queriendo buscar el conocimiento incluso después de regresar aquí. Yo continúo tratando de encontrarlo... No es una tontería tratar de hallar las respuestas en este mundo. Yo tenía en cierto modo la sensación de que eso constituía en parte la finalidad de nuestra peripecia personal..., pero que ese conocimiento no era sólo para una persona, sino para que se beneficiase de él toda la humanidad. Estamos siempre tendiendo la mano para ayudar a los demás con lo que sabemos.

Hay una consideración que quisiera hacer acerca de este relato al llegar a este punto del mismo. Esta mujer tenía claramente la impresión de que parte de la finalidad de su lenta y larga recuperación fue hacerle olvidar casi todo el conocimiento que le había sido revelado. Esto sugiere la existencia de algún mecanismo que opere teniendo por función bloquear el conocimiento adquirido durante este estado de existencia, para que el sujeto no pueda llevárselo consigo al volver al estado de existencia física.

Me impresiona la semejanza existente entre esta idea y la que expresa Platón —de forma evidentemente metafórica y poética— cuando relata la historia de Er, un guerrero a quien se había dado por muerto y que volvió a la vida cuando estaba ya sobre la pira funeraria. Er había visto muchas cosas en la otra vida, pero se le dijo que debía retornar a la vida física para contar a los demás cómo era la muerte. Inmediatamente antes de emprender el regreso, vio unos espíritus a los que se estaba preparando para nacer a la vida:

Todos ellos hacían la travesía de la llanura del Olvido, en medio de un terrible y sofocante calor, pues el paraje estaba desnudo de árboles o de cualesquiera otras plantas, y a la caída de la tarde acamparon junto al río de la Desmemoria, cuyas aguas ninguna vasija puede contener. A todos ellos se les dijo que bebiesen una cierta cantidad de agua, y todos aquellos a los que su buen juicio no salvó, bebieron más de la cantidad indicada; y cada uno de estos últimos, en el instante en que bebió, olvidó todas las cosas. Y tras caer dormidos, y en mitad de la noche, se oyó el fragor de un trueno, y la tierra tembló, y se vieron súbitamente arrebatados por los aires, unos en una dirección, otros en otra, como estrellas fugaces, hacia los lugares donde habían de nacer. En cuanto a Er, según él mismo contó, no se le permitió que bebiese de aquel agua, añadiendo que, no obstante, no sabría decir cómo y por cuál camino regresó a su cuerpo, sino sólo que, recobrando súbitamente la vista, se encontró tendido, al alba, sobre la pira funeraria¹.

El tema central que se nos presenta aquí, que antes de regresar a la vida tiene que tener lugar un cierto proceso de "olvido" del conocimiento que se tiene en el estado de eternidad, es semejante en ambos casos.

1 Platón, *La República o el Estado*, en "Obras Inmortales", Ed. EDAF, Madrid, 1977.

En el curso de otra entrevista, un joven me contó lo siguiente:

En ese momento yo estaba en una escuela o universidad..., y era algo real. No eran imaginaciones mías. Si no estuviese absolutamente seguro, diría: "Bueno, existe la posibilidad de que hubiera estado en ese lugar". Pero *era* algo real. Era como una escuela; no había en ella nadie, y, sin embargo, había mucha gente; pues si uno miraba a su alrededor, no *veía* nada..., pero si prestaba atención, sentía, notaba la presencia de otros seres alrededor... Era como si me llegasen lecciones y tuviese la certeza de que seguirían llegándome...

Es interesante. Otra persona me ha contado que entró en lo que él llamó "biblioteca" e "instituciones de enseñanza superior". ¿Es algo así lo que está usted tratando de decirme?

¡Exacto! Ve usted, al oír lo que me dice que esa persona le contó sobre ello, tengo la impresión de saber exactamente lo que su interlocutor quería decirle, de saber que ha pasado exactamente por lo mismo que yo. Y, sin embargo, las palabras que yo usaría son distintas, porque realmente no hay palabras para ello. No es posible describirlo. No se puede comparar con nada de este mundo. Los términos que uso están muy lejos de lo que quiero describir por medio de ellos..., pero es todo cuanto puedo hacer; porque se trata de un lugar donde *el lugar* en sí es conocimiento. En él se tienen a plena disposición el conocimiento y la información, la totalidad del conocimiento... Se absorbe conocimiento... Súbitamente conoce uno las respuestas a todos los interrogantes... Es como si uno enfocase mentalmente un objetivo fotográfico hacia un punto determinado, y el conocimiento, como en un efecto de "zoom", empezase a fluir desde ese sitio hacia uno, automáticamente... Es como si uno hubiese seguido una docena de cursos de lectura acelerada.

Y sé al pie de la letra de qué está hablando este hombre que dice usted, pero ya ve, yo estoy expresando el mismo tipo de consciencia con mis propias palabras, que son diferentes...

Yo continúo buscando el conocimiento: "Buscad y encontraréis". Uno puede encontrar por sí mismo el conocimiento. Pero yo *rezo* para que se me conceda tener buen juicio, buen juicio por encima de cualquier otra cosa...

Una señora de mediana edad lo describió de esta manera:

Hubo un momento en esto —bueno, es que no hay manera de describirlo— que fue como si yo supiese todas las cosas... Durante un momento, allí, fue como si la comunicación no resultase necesaria. Tenía la certeza de que cualquier cosa que quisiera saber, podría saberla.

CIUDADES DE LUZ

En *Vida después de la vida* manifesté que no había encontrado ningún caso en el que se describiese un "cielo", por lo menos en cuanto que se ajustase a una imagen más o menos convencional de tal lugar. He hablado después, sin embargo, con numerosos individuos que coinciden notablemente en contarme que tuvieron una fugaz visión de otros ámbitos de existencia que podrían ser calificados de "celestiales". Me parece interesante que en varios de estos relatos aparezca la misma frase: "Una ciudad de luz". En este y en otros aspectos, las imágenes con que se describen todas estas escenas parecen reminiscencias de las de la Biblia.

Un hombre de edad media que había sufrido un paro cardíaco me contó lo siguiente:

Sufí un fallo cardíaco y estuve clínicamente muerto... Lo recuerdo todo con absoluta claridad... De repente me sentí paralizado. Comencé a oír los sonidos como algo distantes... Estuve en todo momento perfectamente consciente de cuanto estaba ocurriendo. Escuché cómo se paraba el monitor del corazón. Vi cómo la enfermera entraba en la habitación, llamaba por teléfono, y también cómo entraban los médicos, las enfermeras y los ayudantes.

Cuando las cosas comenzaron a desvanecerse se produjo un sonido que me resulta imposible describir; era como el batir de un tambor, muy rápido, un ruido arrollador, como el de un torrente al pasar por una garganta. Me incorporé y me encontré alzado unos cuantos centímetros mirando mi propio cuerpo. Allí estaba, con gente que me atendía. No sentí ningún miedo. Ningún dolor. Sólo paz. Al cabo de probablemente un segundo o dos, me pareció dar la vuelta y elevarme. Estaba oscuro, se le podía calificar de agujero o túnel, y había aquella luz brillante. Se hizo cada vez más y más brillante. Y me pareció atravesarla.

De repente me encontré en otro lugar. Había una luz como dorada en todas partes. Hermosa. Pero no pude hallar la fuente en ningún lado. Simplemente me rodeaba, viniendo de todas partes. Se oía música. Me pareció encontrarme en el campo, con arroyos, hierba, árboles y montañas; pero cuando, por decirlo de alguna forma, miré a mi alrededor, vi que no había árboles ni ninguna de las cosas que conocemos. Lo que me resultó más extraño es que hubiese gente. No encarnada en una forma o cuerpo, tal como normalmente la conocemos; simplemente estaban allí.

Había un sentimiento de paz y gozo perfectos; de amor. Era como si yo formase parte de ello. Esa experiencia pudo haber durado toda la noche o sólo un segundo... No lo sé.

Y así es como lo describió una mujer:

Se produjo una especie de vibración que me rodeaba; estaba alrededor de todo mi cuerpo. Era como si el cuerpo vibrase, pero no sé de dónde procedía la vibración. Y, al vibrar, me disocié de mí misma. Entonces pude ver mi propio cuerpo... Me mantuve alejada durante un rato, contemplando a los médicos y a las enfermeras trabajando sobre mi cuerpo, preguntándome qué iba a pasar... Estaba en la cabecera de la cama, mirándoles a ellos y a mi cuerpo, y en un momento determinado una enfermera extendió el brazo para coger la cámara de oxígeno que había en la pared, encima de la cama, y al hacerlo, su brazo pasó a través de mi cuello...

Después me encontré flotando; atravesé aquel oscuro túnel... Entré en un túnel negro y salí a una luz deslumbrante... Un poco más tarde me encontraba allí con mis abuelos, mi padre y mi hermano, que estaban muertos... Alrededor había la luz más bella y resplandeciente que pueda describirse. Era un lugar muy hermoso, lleno de colores brillantes, no como los de aquí de la tierra, sino sencillamente indescriptibles. Y en aquel lugar había gente, gente feliz... Se hallaban por todas partes, algunos reunidos en grupos; otros estaban aprendiendo...

A lo lejos, en la distancia..., pude ver una ciudad. Había edificios, edificios separados unos de otros. Resplandecientes, brillantes. La gente era feliz allí. Había agua centelleante, fuentes...; supongo que habría que describirla como una ciudad de luz... Era maravillosa. Sonaba una música hermosísima. Todo era resplandeciente, maravilloso... Pero creo que si llego a entrar allí no hubiera vuelto nunca... Se me dijo que si iba allí no podría volver..., que la decisión era mía.

Un anciano me contó:

Estaba sentado en una silla. Comencé a incorporarme y algo me golpeó justo en el pecho... Me apoyé contra la pared. Volví a sentarme, y entonces me golpeó de nuevo, era como si me dieran con un martillo en el pecho... Me hallaba en el hospital... y decían que había sufrido un paro cardíaco. El médico estaba allí.

¿Y qué recuerda de su paro cardíaco?

Bien, es un sitio... verdaderamente hermoso, pero no se puede describir. Y existe realmente. Uno no puede ni imaginárselo. Cuando pasas al otro lado hay un río. Como en la Biblia: "Hay un río..." Su superficie era lisa, como la de un espejo... Sí, se cruza un río. Yo lo hice...

¿Cómo creyó haber cruzado el río?

Andando. Simplemente andando. Pero era tan bonito. Es hermoso. Y no hay forma de describirlo. No hay duda de que aquí tenemos cosas bellas, con todas esas flores y eso; pero no hay comparación.

Allí es todo tan tranquilo y apacible. Uno se siente como reposando. No había oscuridad.

UN REINO DE ESPÍRITUS DESCONCERTADOS

Varias personas me han informado de haber entrevisto en algún momento otros seres que parecían “atrapados” en una forma de existencia aparentemente de lo más desdichado. Los que han manifestado haber visto a estos seres confundidos se muestran de acuerdo en diversos puntos. En primer lugar, afirman que estos seres aparecían de hecho incapaces de cortar sus lazos con el mundo físico. Un hombre relató que, aparentemente, los espíritus que había visto “no podían avanzar hacia el otro lado porque su Dios vive todavía en éste”. Es decir, parecían estar atados a algún objeto, persona o costumbre concretos. En segundo lugar, todos han señalado que esos seres estaban como “apagados”, que su consciencia aparentaba ser más limitada que la de los demás. En tercer lugar, afirman que era como si aquellos “espíritus apagados” estuviesen allí sólo hasta resolver el problema o dificultad que los mantenía en aquel estado de confusión y perplejidad.

Estas coincidencias salieron en el siguiente fragmento de la entrevista mantenida con una mujer a la que se creyó “muerta” durante unos quince minutos.

Ha mencionado haber visto a esa gente, a espíritus que parecían sumamente confundidos. ¿Podría contarme algo más sobre ellos?

¿Aquella gente aturrida? No sé exactamente dónde los vi... Pero según iba avanzando, encontré una zona apagada en contraste con toda aquella resplandeciente luminosidad. Si se para uno a pensar en ello, las figuras estaban más humanizadas que el resto, pero tampoco tenían una forma totalmente humana como la nuestra.

Se puede decir que era como si llevaran la cabeza agachada; su aspecto era triste, deprimido; parecían ir arrastrando los pies, como en una fila de prisioneros encadenados. No sé por qué lo digo, pues no recuerdo haber visto pies. No sé quiénes eran, pero resultaban como desteñidos, apagados, grises; y parecían estar eternamente arrastrándose y moviéndose de un lado para otro, sin saber siquiera adonde iban, sin saber a quién seguir o qué buscar.

Al pasar yo ni siquiera levantaron la cabeza para ver qué ocurría. Parecían estar pensando: “Bien, se acabó todo, ¿qué hago?, ¿de qué va todo esto?” Sólo este comportamiento rotundo, aplastado, desesperanzado, sin saber qué hacer, ni adonde ir, ni quiénes eran, ni nada.

Más que sentados, parecían estar moviéndose continuamente, pero sin rumbo definido. Empezaban a ir recto, luego giraban a la izquierda, daban algunos pasos y giraban de nuevo hacia la derecha. Y no tenían absolutamente nada que hacer. Creo que buscaba algo, pero desconozco qué.

¿Parecían estar conscientes del mundo físico?

No parecían estar conscientes de nada, ni del mundo físico ni del espiritual. Era como si estuvieran atrapados entre el uno y el otro. En un lugar ni espiritual ni físico, como en un nivel intermedio entre ambos; o al menos eso me pareció. Quizá tengan algún contacto con el mundo físico. Algo tira de ellos hacia abajo, pues todos parecían inclinarse y mirar hacia abajo, puede que al mundo físico..., puede que contemplando algo que no habían hecho o que deberían haber hecho. No podían tomar una decisión sobre qué hacer, ya que todos tenían la expresión más desconsoladora; no había en ellos ningún color de vida.

¿Así pues, parecían desconcertados?

Totalmente desconcertados; sin saber quiénes o qué eran. Parecía como si hubiesen perdido todo

conocimiento de quiénes o qué cosa eran; como si careciesen de la más mínima identidad.

¿Diría que se encontraban entre el mundo físico y aquel en que estaba usted?

En mis recuerdos, lo que vi fue después de dejar el hospital físico. Como ya he dicho, sentí como si me elevara, y fue en medio, de hecho *antes* de entrar realmente en el túnel, cómo lo he descrito, y antes de entrar en el mundo espiritual en el que había tanta resplandeciente luz de día; bueno, no exactamente luz de día, sino una luz brillante que lo inundaba todo y que brillaba más que la del día, pero sin herir los ojos como ésta, sin deslumbrar. Pero en este sitio concreto reinaba el gris más apagado y tristón. Ahora tengo un amigo ciego para los colores, y le he oído decir que para él el mundo se reduce a los tonos y matices del gris. Pero yo me sentía lleno de color, y aquello era como una película en blanco y negro. Sólo los diferentes tonos del gris, sucios y desteñidos.

No repararon en mí. No dieron señal alguna de haber notado que yo estaba allí. Me resultó muy deprimente.

Parecían estar intentando tomar una decisión; miraban hacia atrás; no sabían si seguir adelante o volver a los cuerpos en que estaban alojados. Era como si estuviesen vacilando todo el tiempo; miraban hacia abajo y nunca hacia arriba. No querían avanzar para averiguar lo que les aguardaba; me recordaba también las descripciones de fantasmas que he leído; serían más bien como el tipo de fantasmas a través del cual se puede ver. Parecía haber una enorme cantidad de ellos por todos lados.

Algunas personas que han sido testigos de este fenómeno han observado cómo, al parecer, algunos de esos seres intentaban infructuosamente comunicarse con personas todavía físicamente vivas. Un hombre contó numerosos ejemplos que había observado mientras estuvo "muerto" durante un prolongado período de tiempo. Por citar un caso, contó cómo vio a un individuo normal y corriente caminar por la calle, sin darse cuenta de que uno de aquellos espíritus apagados revoloteaba por encima de él. Dijo que tenía la sensación de que, en vida, aquel espíritu había sido la madre del hombre y que, todavía incapaz de renunciar a su papel terrenal, intentaba aconsejar a su hijo sobre lo que debía hacer. Encontramos otro ejemplo en el siguiente fragmento de la entrevista mantenida con una paciente:

¿Pudo ver a alguno de ellos intentando hablar con otras personas físicas?

Sí, sí. Se les podía ver intentando contactar con otros seres, pero nadie se daba cuenta de su presencia; la gente les ignoraba... Querían comunicarse, pero no había forma de romper la barrera. La gente parecía no reparar en absoluto en ellos.

¿Había algo concreto que estuviese intentando decirles?

Bueno, era más o menos como si intentase ponerse en contacto con ellos, decirles que hicieran las cosas de modo distinto a como ellos las estaban haciendo, que cambiasen, que variasen de forma de vida. Bien, esto que voy a decir puede parecer inventado, pero intentaba que actuaran correctamente, que cambiasen para no verse en la misma situación que ella. "No hagáis lo que yo, para que no os pase esto. Haced cosas por los demás, para que no os veáis así".

No estoy intentando moralizar ni echar un sermón, pero creo que éste era el mensaje que deseaba transmitir... Para decirlo de algún modo, era como si en aquella casa no hubiese ningún amor... Parecía como si estuviera tratando de expiar algo que había hecho... Fue una experiencia que no olvidaré jamás.

¿Puede contarnos algo de lo que intentaban transmitir?

Uno parecía ser una mujer que intentaba desesperadamente comunicarse con los niños y con una señora anciana de la casa. Me pregunté si no se trataría de la madre de los niños, y puede que de la hija de la anciana de la casa, a los que estaba intentando llegar. Me pareció que quería comunicarse con los niños, pero éstos siguieron jugando sin hacerle ningún caso, mientras que la vieja parecía estar

yendo y viniendo por la cocina, haciendo su trabajo, y sin darse cuenta de que esta otra persona merodeaba por allí.

RESCATES SOBRENATURALES

En varios de los relatos por mí recopilados, las personas entrevistadas manifiestan haber tenido experiencias de casi muerte en las que se vieron salvadas de la muerte física por mediación de algún agente o ser espiritual. En todos los casos, la persona en cuestión se había encontrado —consciente o inconscientemente— en un accidente potencialmente mortal o en una serie de circunstancias de las que no le era posible escapar por sus propios medios. Puede haberse incluso resignado y preparado para morir.

No obstante, al llegar a este punto se había manifestado una voz o una luz que la había rescatado del umbral de la muerte. Las personas que han pasado por esta experiencia informan que a partir de ese momento su vida cambió, que tuvieron la sensación de que se les había rescatado de la muerte para algún fin concreto. Todos han puesto de relieve un reforzamiento de sus creencias religiosas.

Una experiencia de este tipo que ha llegado a hacerse bastante conocida es la que se relata en el libro *A Man Called Peter*, de Catherine Marshall. La autora describe cómo, durante su adolescencia en Escocia, Peter Marshall se salvó de morir cayéndose en la niebla por un precipicio gracias a una voz que le advirtió por la espalda. Esta experiencia le afectó muchísimo, y se hizo pastor.

Reproduzco a continuación parte de una entrevista en que se narra un “rescate” de este tipo. Un hombre me contó cómo sufrió un accidente industrial en el que se vio atrapado en un gigantesco tanque, donde, bombeado a gran presión, caía un chorro de ácido y vapor a muy elevada temperatura. Recordaba que:

El calor era terrorífico. Grité: “¡Sacadme de aquí! ¡Me estoy quedando atrapado!” Me pegué lo más que pude a un rincón, contra el que apreté la cara, pero el material estaba tan caliente que se quemaba a través de la ropa. En ese momento me di cuenta de que, en cuestión de minutos, me vería escaldado hasta morir.

Supongo que debido a mi debilidad, o a lo que fuera, me resigné. Me dije a mí mismo: “Ya está. Se acabó”. No podía ver nada, pues el calor era tan intenso que me era imposible abrir los ojos. Los tuve cerrados todo el tiempo. Mas a pesar de ello pareció que el lugar entero se iluminaba con un gran resplandor. Oí un versículo de las Escrituras que había escuchado durante toda mi vida, pero que nunca significara mucho para mí: “Estoy siempre contigo”. Y venía de una dirección que luego resultó ser la única salida posible.

Aunque no podía abrir los ojos, seguía viendo aquella luz, de forma que la seguí. Estoy seguro de que mis ojos se mantuvieron todo el tiempo cerrados. El médico ni siquiera tuvo que ponerme después un tratamiento para ellos. No había entrado nada de ácido...

¿Hizo esto que su vida cambiara en algún sentido?

A mi vuelta al trabajo mis compañeros comentaron lo tranquilo que estuve después de todo lo que había ocurrido. No soy un hombre tan valiente; no tengo tanto coraje. La fuente de mi valor y de la calma que ellos habían apreciado radicaba en el hecho de que me había salvado del peligro una mano invisible. No estaba en mí mismo. La voz que me sacó de allí fue la misma que me inspiró tanto valor.

Sé que fue la mano de Jesús la que descendió y me sacó de allí. Creo que no es una cuestión de pensar, sino de *saber* que fue voluntad de Dios salvar mi vida, y desconozco por qué razón. Por aquel entonces yo no vivía tan próximo a Dios como debería. Esto me ha acercado a El. Todavía tengo problemas. Sé que un Dios que puede intervenir y salvar a un hombre en un momento crítico puede resolver cualquier cosa. Por tanto, he aprendido a depender de El.

Cuando oyó la voz, ¿le sonó como si fuera una voz física normal?

No. Era como si sonara magnificada, amplificada. No hay duda de que la oí. No cabe ninguna duda sobre la dirección de donde procedía. De haber venido de mi derecha o de mi izquierda, y la hubiese seguido, habría muerto de inmediato. Salí vivo debido a que venía de aquella dirección y a que seguí la voz... Yo solo no hubiera conseguido salir de allí nunca. Ya sabía lo que me esperaba.

La voz era una voz de mando, no simplemente de "¿Quieres venir por aquí?" Lo primero que me pasó por la cabeza fue: "Estoy solo aquí abajo y voy a morir". Y cuando oí la voz no tuve la menor duda. Sabía que por mí mismo no podría salir nunca.

¿Cuánto duró todo?

Me pareció que una eternidad. En otras palabras, si se arrastra uno cuarenta o cincuenta pies a través de ácido, sabe que, cada vez que se mueve, es a la mayor velocidad posible. Diría que todo ocurrió en dos o tres minutos después de darme cuenta de que estaba atrapado, pero me pareció una eternidad.

¿Parecía la luz una luz física normal?

No. No se parecía a nada que yo hubiese visto antes. Era lo que se podría ver si mirase directamente al sol. Y el lugar en que me quedé atrapado era muy oscuro. Se trataba de una gran luz resplandeciente y de una voz. No vi ninguna figura ni nada similar. Seguí la luz todo el tiempo..

¿Le hirió la luz en los o/os? ¿Resultaba incómodo mirarla?

No. En absoluto.

¿Le pareció que fuese de algún color concreto?

No. Sólo como una deslumbrante luz blanca. Era como el sol; como mirar al sol.

Otro individuo me contó:

Fue durante la Segunda Guerra Mundial...; yo servía en Infantería, en Europa. Tuve una experiencia que no olvidaré jamás... Vi un avión enemigo descendiendo sobre el edificio en que estábamos y abriendo fuego contra nosotros... El polvo que levantaban las balas avanzaba directamente hacia donde nos hallábamos. Me asusté muchísimo y creí que íbamos a morir todos.

No vi nada, pero sentí junto a mí algo así como una maravillosa y tranquilizante presencia, y una voz suave y amable me dijo: "Estoy contigo, Red. No ha llegado todavía tu hora". Me sentí muy relajado y cómodo ante aquella presencia... Desde aquel día no he experimentado el menor temor a la muerte.

Reproduzco finalmente el relato de una mujer gravemente enferma, debido a una infección. Obsérvese que, en estos ejemplos, la paciente pareció haber recibido instrucciones y ser guiada en su propia resurrección:

Todos los médicos me habían desahuciado. Decían que me estaba muriendo... Llegó un momento en que sentí cómo la vida se iba de mi cuerpo... Todavía podía oír lo que estaba diciendo todo el mundo, aunque no podía ver nada. Deseé seguir viva para criar a mis hijos y desempeñar un papel en sus vidas...

Fue entonces cuando oí la voz de Dios que me hablaba. Tenía la voz más suave y amorosa... Sé que no estaba fuera de mis cabales, como puede creer alguna gente... Podía escuchar de fondo la voz de las demás personas en la habitación; pero también podía percibir su voz, y era tan majestuosa... Me dijo que si quería seguir viva tenía que respirar..., y lo hice; al inhalar el aire empecé a reanimarme. Entonces me ordenó que respirase suavemente, y pude tomar otra bocanada de aire, y la vida volvió a mi cuerpo...

Los médicos estaban asombrados. Me habían dado todos por incurable, y, por supuesto, no oyeron la misma voz que yo. No podían entender lo ocurrido.

Terminaré este capítulo recordando al lector que éstos no son en absoluto relatos corrientes sobre experiencias de casi muerte. No obstante, entre mis casos hay un número apreciable de ellos; y, en el contexto de cada experiencia concreta, todos están relacionados con los elementos de que hablé anteriormente. Por ejemplo, en la primera entrevista citada en “La visión del conocimiento”, la paciente también se refería a sentirse fuera de su propio cuerpo, a atravesar un oscuro túnel, a contemplar respectivamente los sucesos de su vida, y a otros muchos de los elementos comunes. Obsérvese cómo en dos de las entrevistas citadas en “Ciudades de luz” aparecen en lugar destacado el paso por un túnel sombrío y el sentirse fuera del propio cuerpo. En todos los casos, estas nuevas características, al igual que las anteriormente tratadas, me han sido descritas por gente normal y corriente, que no buscaban estas experiencias, que carecían de un interés o conocimiento previo en estos temas y que, a partir de entonces, no habían albergado la menor duda sobre la realidad de lo que habían visto.

2 JUICIO

La parte que con toda seguridad va a provocar controversias entre los grupos religiosos es la que se ocupa de los modelos de otra vida. La mayoría de los individuos encuestados no experimentó ninguna crisis de premio-castigo, esa noción tradicional de ser examinados por una especie de San Pedro antes de ser admitidos en la otra vida¹.

Mucha gente ha planteado lo mismo, y parece por tanto apropiado examinar cualquier elemento en las experiencias de casi muerte que, de acuerdo con la teología de uno, pueda relacionarse con el concepto de juicio. Una y otra vez, mis pacientes que han estado muy cerca de la muerte me han descrito una visión panorámica, global, a todo color y tridimensional de los sucesos de sus vidas. Algunos afirman que durante su visión pasaron revista sólo a los acontecimientos más destacados de sus vidas. Otros llegan a decir que a lo largo de este recorrido pudieron contemplar todas y cada una de las cosas que habían hecho o pensado. Aparecieron ante ellos todas las cosas buenas y malas simultáneamente. Se recordará también que muchas veces se afirmaba que esta visión panorámica se había producido en presencia de un “ser luminoso”, que algunos cristianos identificaban con Jesucristo, y que este ser les formulaba una pregunta, de hecho: “¿Qué has hecho con tu vida?”

¹ Frederic A. Brussat, reseña de *Vida después de la vida*, en *Cultural Information Service*, noviembre de 1976, págs. 16-17.

Al presionarles para que explicasen con la mayor exactitud posible el tema planteado, la mayor parte de la gente dio una explicación parecida a la del individuo que, en resumidas cuentas, me contestó que se le preguntaba si había hecho las cosas que había hecho *por amor* a los demás, es decir, por

una *motivación de amor*. A este respecto cabría señalar que sí se producía una especie de juicio, ya que la gente en ese estado exacerbado de conciencia se sentía extremadamente arrepentida cuando veía alguno de los actos egoístas que había cometido, mientras que, cuando revisaban los hechos en que habían mostrado amor y amabilidad se sentían complacidos.

Es interesante señalar que en los casos por mí estudiados el juicio procedía no del ser luminoso, quien parecía amar y aceptar a aquellas personas en cualquier caso, sino más bien del propio individuo juzgado. Un párrafo relativo al juicio del evangelio de San Mateo resulta a este respecto muy significativo. La versión del rey Jacobo de la Biblia lo traduce del modo siguiente (Mateo, 7:1-2):

No juzguéis y no seréis juzgados, pues con el criterio con que juzguéis seréis juzgados, y con la medida con la que midáis seréis medidos.

No obstante, en la *Actual Versión Inglesa del Nuevo Testamento* —también publicada con el título de *Buenas nuevas para el Hombre Moderno*—, se da la siguiente traducción:

No juzguéis para que Dios no os juzgue, ya que Dios os juzgará del mismo modo en que juzguéis a los demás, y os aplicará las mismas reglas que apliquéis a los otros.

No soy un especialista en la Biblia, por lo que no puedo determinar cuál de estas dos traducciones es la más exacta. No obstante, encuentro sumamente interesante que, simplemente desde el punto de vista de lo que afirman haber experimentado mis pacientes al borde de la muerte, resulte más aplicable la primera de ellas, pues el juicio procedía del interior de ellos mismos. En ese estado, parecían entender por sí solos lo que deberían y no deberían haber hecho, y ser capaces de juzgarse correspondientemente a sí mismos.

Reflexionando sobre todo esto, se me ha ocurrido que un tema muy corriente en todas las experiencias de casi muerte es el sentimiento de encontrarse de una forma u otra *al descubierto*. Desde cierto punto de vista, cabe calificar a los seres humanos como criaturas que pasamos gran parte de nuestro tiempo ocultándonos tras distintos tipos de máscaras. Buscamos la seguridad interior a través del dinero o del poder; intentamos sentirnos superiores a otros enorgulleciéndonos de nuestra clase social, de nuestro nivel de educación, del color de nuestra piel, de nuestro dinero, nuestro poder, la belleza de nuestros cuerpos, nuestra identificación con el papel masculino o femenino, etc. Adornamos nuestros cuerpos con ropas; hurtamos nuestros pensamientos más recónditos y algunos de nuestros actos al conocimiento o vista de los demás.

No obstante, en los momentos próximos a la muerte todas estas máscaras desaparecen a la fuerza. De repente, la persona en cuestión se encuentra con todos sus pensamientos y actos representados en una panorámica tridimensional y a todo color. Si se encuentra con otros seres se da cuenta de que conocen todos sus pensamientos, y viceversa. Se halla con que, en este estado, la comunicación no es a través de palabras, sino que los pensamientos se transmiten directamente, hasta el punto en que, tal como explicó un individuo, “Te sientes también molesto por estar con gente que no piensa como tú”.

La belleza del cuerpo físico o el color de la piel no puede ser ya motivo de orgullo. De hecho, la gente deja de tener cuerpos físicos. La única belleza que puede aparecer en este momento no tiene nada que ver con el cuerpo, sino con la que pueda poseer el alma. La identidad sexual desaparece también; en este estado la mayoría de la gente se siente como si careciese de una identidad masculina o femenina específica. De algún modo, resulta también natural que en esos momentos finales pasen a primer plano, con gran relieve, dos cualidades que atañen directamente a la mente, es decir, el amor y el conocimiento.

Otra característica digna de mención en esta breve revisión es que aparte de sus actos ven representadas ante ellos las consecuencias de los mismos para los demás. Tal como relató un hombre de la forma más gráfica posible:

Primero me encontré fuera de mi propio cuerpo, por encima del edificio, y podía contemplar cómo mi cuerpo yacía allí. Luego fui consciente de que a mi alrededor había luz, sólo luz. Entonces hubo como una representación a mi alrededor, y podría decirse que toda mi vida pasó por delante de mí. Me sentí muy avergonzado de un montón de cosas de las que iba experimentando, porque me parecía que

yo había tenido una visión distinta de ellas, que la luz me estaba mostrando lo que era incorrecto, lo que había hecho mal. Y era todo absolutamente real.

Parecía como si esta vuelta atrás, recuerdo o lo que fuese estuviese dirigido fundamentalmente a determinar la dimensión de mi vida. Era como si me sometieran a un juicio, y entonces, de repente, la luz se oscureció y se produjo una conversación, no con palabras, sino por medio de pensamientos. Cuando veía algo, cuando recordaba un hecho del pasado, era como si lo viese a través de los ojos de lo que supongo usted calificaría de un conocimiento omnipotente que me guiaba y me ayudaba a ver.

Esa es la parte que se me ha quedado grabada, ya que me mostró no sólo cuanto había hecho, *sino las repercusiones de mis actos sobre los demás*. Y no era como si estuviese contemplando una película, ya que podía *sentir* realmente todas aquellas cosas; había sentimiento, y como estaba poseído por aquel conocimiento..., descubrí que no se pierden ni siquiera los pensamientos..., que todos mis pensamientos estaban allí..., los pensamientos de uno no se pierden.

Cabe considerar esta situación como de lo más desagradable y no resulta sorprendente que muchas veces la gente deduzca de este sentimiento la necesidad de cambiar de vida. Véanse los si-, guientes párrafos extraídos de entrevistas con dos hombres:

1) No le conté a nadie mi experiencia, pero cuando me repuse sentí ese deseo abrumador, ardiente y acuciante de hacer algo por los demás... ¡Me sentía tan avergonzado de todas las cosas que había hecho, o dejado de hacer, a lo largo de mi vida! Sentí que tenía que hacerlo, que no podía esperar más.

2) Cuando me recuperé de aquello, había tomado ya la decisión de que debía cambiar. Me sentía muy arrepentido. No estaba satisfecho con la vida llevada hasta entonces, por lo que deseaba empezar a actuar mejor.

Aunque mucha gente sigue preguntándome si alguna de las personas entrevistadas se ha referido al infierno, lo cierto es que, en el conjunto de materiales por mí recopilados, nadie me ha hablado jamás de ningún estado parecido al infierno arquetípico. No obstante, debo señalar que no he entrevistado nunca a nadie que pudiera calificarse de mala persona. La gente a la que he interrogado han sido siempre personas normales y agradables. Las transgresiones de que eran culpables habían sido menores, de esas que todos hemos cometido alguna vez. No cabe suponer por tanto que se les pudiese condenar a las llamas eternas. No obstante, nada de lo que he descubierto excluye la posibilidad de la existencia del infierno.

A algunas gentes parece incomodarles el hecho de que el ser luminoso de que se habla en estas experiencias de casi muerte se muestre tan clemente y piadoso y ame tanto a las personas a pesar de sus numerosos defectos, que tan gráficamente les son revelados en su presencia. Por mi parte, lo único que puedo decir es que amo a mis hijos a pesar de sus faltas y que seguiría queriéndolos hicieran lo que hicieran.

Otros se muestran insatisfechos, pues parecen pensar que estas experiencias no se ajustan a la noción de un Juicio Final cuando se acabe el mundo. Yo no veo ninguna discrepancia aquí. Evidentemente, si alguien hubiese vuelto de la "muerte" contando que se había visto sometido al Juicio Final, su experiencia habría sido errónea. Como el fin del mundo no se ha producido aún, cualquier relato que lo presente como algo relacionado con una experiencia de casi muerte sería de hecho una prueba de la no validez de la misma. Puede haber muy bien un Juicio Final, pues las experiencias de casi muerte no indican en absoluto lo contrario. De hecho, muchas de las personas por mí entrevistadas me han manifestado su creencia de que tendrá lugar. Cabe añadir que lo aceptan basándose sólo en la autoridad de las escrituras, y que no lo deducen de nada que aprendiesen o intuyeran durante su estado de casi muerte o muerte aparente.

Las ideas de cielo e infierno, de juicio, de Juicio Final, de fin del mundo y de gracia divina son todos conceptos escatológicos que dan lugar a numerosos debates entre los propios teólogos. Su importancia es tan radical, tan cósmica, que a los humanos nos resulta muy difícil hablar de ellos directamente en un lenguaje meramente humano. De ahí que se les haya descrito muchas veces en términos más pintorescos y figurativos.

Si se efectúa un recorrido por la historia de la pintura en Europa, se verá que el concepto de juicio se representa en distintos momentos mediante el empleo de símbolos tales como un libro de cuentas, un tribunal y una balanza —para pesar las almas—. En su mito de Er, Platón se refiere a las “marcas” que llevan las almas que están aguardando su juicio. En el *Libro Tibetano de los Muertos* el mismo concepto se representa por medio del “espejo de Karma”. Recuérdese que, en todo momento, los pacientes que han estado al borde de la muerte insisten en que las palabras que emplean para describir sus experiencias son sólo analogías o metáforas a las que se recurre para relatar experiencias que, en último extremo, desbordan las posibilidades del lenguaje humano. No es por tanto sorprendente que las palabras empleadas por estas personas en una era tecnológica como la que vivimos procedan de contextos tales como la óptica, como cuando utilizan la expresión “imágenes”, o de avances tecnológicos tales como las diapositivas o el cine, y que los simbolismos empleados hoy en día nos recuerden algunas de las innovaciones más sorprendentes de la ciencia de la fotografía o de la tecnología televisiva, el holo-grama tridimensional o la representación instantánea. Finalmente, una observación relativa a lo que les ocurriría a personas como las que cometieron los crímenes y horrores nazis.

Si lo que me han relatado mis pacientes le ocurre a todo el mundo, cabe imaginar por un momento lo que experimentarían estos individuos durante la revisión de sus vidas; sobre todo si, como afirman algunos, contemplan no sólo sus actos injustos y egoístas, sino también las consecuencias de los mismos para los demás. Los que perpetraron las atrocidades nazis parecen haber sido personas con una tan absoluta carencia de amor, que pudieron complacerse en la muerte de millones de inocentes. Esto dio origen además a innumerables tragedias individuales de separaciones entre padres e hijos, entre esposos y entre amigos; provocó incontables muertes dolorosas y prolongadas y otras rápidas y brutales; dio lugar a espantosos procesos de degradación; años de hambre, lágrimas y tormentos para sus víctimas. Si a estos individuos les pasara lo mismo que a mis pacientes, verían, vividamente representadas ante ellos, no sólo todas estas cosas, sino otras muchas más. Aun en mis más monstruosas fantasías me siento totalmente incapaz de imaginarme un infierno más terrible e insoportable que éste.

3 SUICIDIO

El término “suicidio” se utiliza en relación con una amplia variedad de comportamientos autodestructivos, al menos potencialmente, nacidos de muy diversas motivaciones o condiciones, y que se manifiestan en circunstancias muy distintas. Durante muchos siglos, la humanidad ha venido discutiendo las numerosas implicaciones del comportamiento suicida. El problema se abordó primero desde los puntos de vista teológico, ético y filosófico. En tiempos más recientes se han venido a sumar las perspectivas sociológica y psicológica. A pesar de todas estas tentativas, siguen pendientes numerosas cuestiones espinosas.

Como algunas personas que han revivido tras encontrarse muy cerca de la muerte informaron de experiencias espirituales, algunos han preguntado qué repercusiones tienen estos informes sobre el tema del suicidio. Lo primero que conviene señalar es que el estudio de las experiencias de casi muerte no nos proporciona respuestas definitivas a los numerosos interrogantes que rodean el suicidio. Lo más que podemos hacer es formularnos dos preguntas. Primera: ¿Las personas que han tenido experiencias de casi muerte adoptan a partir de éstas alguna actitud particular con respecto al suicidio? Segunda: ¿Las experiencias registradas de casi muerte derivadas de intentos de

suicidio difieren en algún sentido de las que tienen otro origen?

Mientras que las personas que han relatado experiencias de casi muerte afirman con bastante frecuencia que no sentían deseos de escapar de la "muerte", todas ellas rechazan sin embargo el suicidio como medio de volver a ese estado. Suelen manifestar que en el transcurso de su experiencia se dieron cuenta de que tienen un objetivo que cumplir en la vida. Vuelven con una actitud seria y entregada hacia la vida y el hecho de vivir. Ni uno solo de los individuos por mí entrevistados ha intentado repetir su experiencia.

Mucha gente que estuvo a punto de morir por causas naturales o en un accidente me han contado que mientras se encontraban en ese estado se les había dado a entender que el suicidio representaba un hecho equivocado al que correspondía un castigo. Por ejemplo, un hombre que "falleció" tras un accidente, me relató:

[Mientras estaba allí] Tuve la sensación de que dos cosas que me estarían totalmente prohibidas serían matarme a mí mismo y matar a otra persona... Si me suicidara sería como devolverle a Dios un regalo, tirándoselo a la cara... Matar a otra persona equivaldría a interponerme en los designios de Dios para dicho individuo.

Otro hombre que superó una aparente muerte el única que duró algún tiempo manifestó que mientras estuvo allí tuvo la impresión de que existía una "expiación" a pagar por el suicidio, y que parte de la misma sería contemplar para cuando completé el manuscrito de mi primer libro me había encontrado con muy pocos casos significativos de casi muerte derivados de intentos de suicidio. Considero comprensible que las personas que han sufrido estas experiencias se muestren más reacias a hablar de las mismas, debido a posibles sentimientos de culpabilidad por su intento. No obstante, a partir de entonces me he tropezado con algunos casos nuevos. Todos los implicados se muestran de acuerdo en un punto: creen que su intento de suicidio no solucionó nada; y se encuentran exactamente con los mismos problemas de que habían intentado librarse quitándose la vida. Cualquiera que fuese la dificultad de que habían intentado zafarse continuaba allí, sin resolver.

Otra persona mencionó sentirse "atrapada" por la situación que había provocado su intento de suicidio. Tenía la sensación de que el estado de cosas en que estaba involucrado antes de su "muerte" se repetía una y otra vez, como en un ciclo.

El problema que le contaba, ya sabe, no parece ahora tan importante, viéndolo con otra perspectiva, desde un punto de vista más adulto. Pero en aquella época, con la edad que yo tenía, me parecía gravísimo... Bien, lo que ocurrió es que el problema seguía allí, aun después de haberme "matado". Y era como si se repitiese, como si empezase de nuevo. Lo tenía que sufrir otra vez, y cuando, al final, pensaba: " ¡Me alegro de que haya pasado!", volvía a comenzar de nuevo, y entonces me decía: " ¡Oh no, otra vez no!"

Todos afirmaron que después de sus experiencias no volverían a pensar nunca más en el suicidio. Su actitud común era que habían cometido un error, y se alegraban mucho de haber fracasado en su intento. Por ejemplo, cuando le pregunté a un hombre si, a la luz de lo que había experimentado, volvería a intentar matarse, me respondió:

No, no lo repetiría. Cuando muera será de muerte natural, porque algo que comprendí claramente en aquellos momentos es que nuestra vida aquí í dura muy poco y que hay muchas cosas que hacer en ella. Y cuando uno muere es para toda la eternidad.

Resulta muy interesante que los puntos de vista y las experiencias aquí recogidos coincidan en tan gran medida con los sentimientos expresados en un argumento teológico muy antiguo contra el suicidio.

A lo largo del tiempo, infinidad de teólogos y filósofos de distintas escuelas han expuesto sus argumentos en contra de! suicidio partiendo de la base de que la vida es una tarea o un "regalo" de Dios, y que no nos corresponde a nosotros decidir sobre nuestras vidas. Así, en el *Fedón*, Platón se refiere a la teoría de que estamos en el mundo desempeñando algún tipo de cargo, y de que no debemos desertar del mismo. Argumenta que, en esencia, pertenecemos a Dios y estamos bajo su

tutela, por lo que no debemos intentar escapar a ella por este procedimiento¹. En la Edad Media, Santo Tomás de Aquino expuso el razonamiento de que como la vida es un don divino sólo Dios puede decidir cuándo debe acabar². John Locke, el filósofo inglés del siglo XVII, al que se deben algunas de las ideas contenidas en la Declaración de Independencia y en la Constitución de los Estados Unidos, afirmó asimismo que somos propiedad de Dios y que estamos en el mundo para cumplir una misión, no para abandonar nuestro puesto cuando mejor nos parezca³.

De forma similar, el filósofo alemán Immanuel Kant, un pensador muy alejado de los anteriormente citados, escribía:

... tan pronto examinamos el suicidio desde el punto de vista de la religión lo vemos en su auténtica dimensión. Hemos sido puestos en este mundo bajo determinadas condiciones y para fines concretos. Pero el suicidio se opone a los designios de su creador; se presenta al otro mundo como alguien que ha desertado de su puesto; se le debe considerar como un rebelde contra Dios... Dios es nuestro dueño; somos propiedad suya; su providencia trabaja por nuestro bien⁴.

No expongo aquí estos argumentos para respaldarlos o para formular un juicio ético o moral sobre el suicidio; lo único que deseo es resaltar hasta qué punto coinciden los sentimientos sobre el objetivo del ser humano en la vida y el problema del suicidio que se reflejan en estos razonamientos teológicos y en las palabras y pensamientos de las personas que han pasado por experiencias de casi muerte.

Soy consciente de que las experiencias relatadas en este capítulo plantean muchas cuestiones. Algunos han señalado que en determinadas culturas el suicidio no es moralmente condenado, a diferencia de lo que suele ocurrir en la nuestra. Puede considerarse incluso una acción honorable, como ocurría en Japón durante la época de los samurais. Cabe, por tanto, preguntarse: "¿Relataría una persona perteneciente a ese tipo de sociedad las mismas experiencias, tras recuperarse de un intento de suicidio?"

Además, otros han sugerido que, de hecho, todos nosotros hemos cometido alguna vez suicidio de una forma u otra; es decir, que la mayoría de nosotros nos dedicamos probablemente a alguna actividad que, deberíamos ser conscientes de ello, terminará dañándonos o causándonos la muerte. Tres ejemplos destacados en nuestra propia sociedad son el consumo de cigarrillos, de alimentos que contienen elevados niveles de colesterol, y de alcohol. La gente sigue consumiendo estos artículos a pesar de ser plenamente conscientes de que les pueden provocar la muerte a través de diversos tipos de enfermedades o de un accidente de coche. ¿Qué diferencia existe, cabría preguntar, entre ese comportamiento y el "verdadero" suicidio? ¿A qué nivel de la amplia gama de comportamientos potencialmente autodestructivos comenzarían a aplicarse los "castigos" a que se refieren los pacientes anteriormente citados?

Algunas personas cometen suicidio por razones altruistas; por ejemplo, para salvar a otras. ¿Cuáles serían las experiencias de estas personas que "mueren" heroicamente?, ¿o las de las personas que se quitan la vida bajo una depresión psíquica o como consecuencia de alguna terrible pérdida?

Es también un hecho de sobra conocido que muchos de aquellos que "intentan" suicidarse no pretenden realmente quitarse la vida, sino simplemente llamar la atención de los demás hacia sus necesidades o problemas de un modo dramático. Por el contrario, numerosos psiquiatras mantienen que, en los casos de los individuos calificados como "propensos a accidentes", aunque no albergan el deseo consciente de matarse, *subconscientemente* sí lo desean. Según esta explicación, sus accidentes aparentes no serían sino intentos inconscientes de suicidio.

Evidentemente, nadie posee respuestas tajantes a estas complejas cuestiones, y tampoco intento simplificarlas. Todo lo que hago es informar de que las experiencias de casi muerte relacionadas con intentos de suicidio que conozco difirieron de las demás en los aspectos referidos.

Cuando se le plantearon estas cuestiones, un psiquiatra amigo mío, que había tenido una experiencia de "otro mundo" durante una aparente muerte clínica debida a una infección, dio una interesante respuesta. Expresó la creencia de que, por su propia naturaleza, Dios es mucho más clemente, comprensivo y justo de lo que los humanos somos capaces de imaginar, y de que Dios se ocuparía de esos temas de acuerdo con su propio amor y sabiduría. Lo que un presunto suicida necesita de nosotros, los seres humanos, no es un juicio, sino amor y comprensión.

4

REACCIONES POR PARTE DEL CLERO

En su prólogo a *Vida después de la vida*, la doctora Eüsabeth Kübler-Ross predijo que este tipo de estudio se vería criticado por algunos miembros del clero. Ha sido así hasta cierto punto. No obstante, numerosos ministros de diversas confesiones cristianas me han expuesto su entusiasmo e interés por esta clase de estudio, invitándome a hablar del tema ante sus congregaciones.

Son muchos los clérigos que han mencionado casos de feligreses que habían puesto en su conocimiento experiencias de casi muerte; parecía agradecerles conocer el punto de vista de alguien procedente de un medio profesional que no tiene nada que ver con su ministerio. Bastantes de ellos me manifestaron su creencia de que estas experiencias confirman lo que se dice en la Biblia sobre la vida después de la muerte. La revista *Guidepost*, decididamente cristiana en su orientación y presentación, ha venido publicando relatos como éstos durante varios años.

Un pastor metodista que había investigado experiencias de casi muerte antes de que se cruzaran nuestros caminos me contó algo que había ocurrido después de que él y yo comenzáramos a investigar conjuntamente. Reproduzco a continuación el extracto de un diálogo mantenido entre ambos acerca de la importancia de la tarea que habíamos venido realizando:

PASTOR.-Aquella señora estaba desahuciada. Padecía una enfermedad renal. Hablando con ella sobre la muerte, antes de su fallecimiento, le expuse mi creencia en una vida después de la muerte. Le dije que una de las cosas que habían fortalecido mi fe eran las investigaciones realizadas por doctores en medicina entrevistando a personas que fueron consideradas clínicamente muertas y habían resucitado. Al oír esto se excitó mucho, y en posteriores visitas siempre sacaba el tema a colación.

Durante el funeral, cuando pronuncié el sermón, me referí a las conversaciones que había mantenido con ella a este respecto y a cómo habían reforzado su fe. Lo más importante de todo es cómo afectó a las personas que estaban sentadas en los bancos del templo oírme a mí, un clérigo, afirmar que aquella señora "estaba todavía viva", y a un médico amigo mío que mantenía la misma creencia. La fallecida había estado muy unida a su marido, y era como si una parte de ella hubiese muerto ya algunos años antes, cuando él falleció. Y en aquel sermón afirmé que había ido a reunirse con él en algún lugar donde estuviera Jesucristo. Y no hablaba en términos figurativos o simbólicos; estaba convencido de ello; esto les proporcionó un gran consuelo...

Una vez concluido el funeral ocurrió algo muy poco frecuente. Después del sermón dominical, la gente suele acercarse a uno y darle la enhorabuena por lo bien que lo ha hecho, pero nunca tras un funeral. Eso es algo insólito. Y, sin embargo, como unas diez personas se acercaron a mí para felicitarme por lo que había dicho durante el funeral...

Una de las cosas que intento conseguir cuando predico es inducir a la gente a amar, y refuerzo su fe diciéndoles que en el momento de la muerte se le presenta a uno Jesucristo y la pregunta: "¿En qué medida has amado?"; que el amor es lo que el cristianismo resalta por encima de todo, y no sólo en la Biblia, hace dos mil años, sino también ahora, cuando la gente se siente morir y experimenta esa sensación de ser juzgada. Se trata de un recurso que he empleado varias veces en mis sermones para fortalecer la fe, para conseguir que la gente comprenda la importancia de la fe y del amor.

DR. MOODY.—Mencionó usted antes que, al igual que yo, no cree probable que se obtenga una prueba de la existencia de una vida después de la muerte, en el sentido científico de la palabra prueba.

PASTOR.—Si se pudiese probar la existencia de una vida después de la muerte, sería como demostrar la existencia de Dios, y eso invalidaría la necesidad de la fe. No podemos demostrar ese tipo de cosas. La otra vida es algo en lo que se tiene que creer por fe; y si pudiéramos renunciar a ella, y demostrar que existe una vida más allá de la tumba, la gente no necesitaría de la fe para creer. La vida es un misterio. La vida después de la muerte es también un misterio, y si pudiéramos descifrarlo no necesitaríamos basarnos en la fe, lo cual arruinaría todo el sistema religioso. Debemos aceptar por tanto esas verdades simplemente por fe. Pero lo que cuenta la gente que vuelve de la muerte da credibilidad a la fe y la refuerza. Afirma mi fe, pues yo soy ya un hombre de fe. Pero si no lo fuera, no me convencería.

Esta es la opinión de un pastor metodista, con la que no creo estén de acuerdo todos los ministros de su iglesia. Algunos de ellos han formulado objeciones concretas, y una de ellas es la procedente de algunos pastores teológicamente liberales, que consideran la función de la iglesia como fundamentalmente ética, relacionada con el avance de las reformas sociales y la consecución de la justicia social para todos. Desde esta perspectiva teológica, parecen haber llegado a la conclusión de que la preocupación por la supervivencia después de la muerte física es algo pasado de moda. He escuchado a varios de estos pastores señalar que creen que la preocupación por la vida después de la muerte está desapareciendo, o que al menos así debería ser.

Aferrándose a este punto de vista, un anciano pastor de la iglesia Episcopal me preguntó recientemente: “¿No deberíamos pensar más en este mundo, y no en el otro? ¿No hay un montón de problemas que resolver *aquí*?” Luego me expuso que, en el pasado, los dirigentes habían muchas veces intentado distraer la atención de las gentes menos favorecidas o de otras víctimas de la injusticia social de sus sufrimientos en la tierra prometiéndoles que serían recompensados en el cielo, siempre que no sacaran los pies del plato ni desobedecieran las leyes establecidas. En otras palabras, su antagonismo hacia el estudio de los fenómenos relacionados con la casi muerte parecía basarse en la idea de que las teorías sobre la otra vida habían representado en muchas ocasiones intentos disfrazados de opresión social.

Estoy hasta cierto punto de acuerdo con algunos de los sentimientos manifestados por estos representantes del clero. Lo que yo pienso es que, en efecto, existen numerosas injusticias sociales en este mundo y que, personalmente, me gustaría contribuir a corregirlas en el transcurso de mi propia vida. Considero de suma importancia el mandamiento de “amar al prójimo como a uno mismo”, que implica que debemos hacer todo cuanto esté en nuestra mano para mejorar la suerte de nuestros hermanos ayudar a los menos afortunados que nosotros.

No obstante, hay varios puntos en los que mi perspectiva y mi experiencia difieren de las que al parecer han tenido estos pastores. A la luz de mi propia experiencia, me sorprende encontrar que algunos de ellos creen que la preocupación por el tema de si existe o no una supervivencia después de la muerte del cuerpo está a punto de desaparecer. Lo que yo he observado indica justamente lo contrario. Creo que mucha gente sigue estando muy interesada por el tema. También, que me siento incapaz de entender por qué la preocupación social y el interés por la vida después de la muerte se excluyen mutuamente. Estoy seguro que una persona seguiría preocupándose por el bien de los demás aun cuando creyese plenamente que existe una vida después de la muerte y se mostrara interesada por cualquier descubrimiento relativo a esta posibilidad. De hecho, muchos de los pacientes con los que he hablado han expresado una intensa preocupación por el bien de los demás. Regresaron de sus experiencias sintiéndose con ganas de vivir y de conseguir cosas para los demás mientras estuvieran en la tierra. Y yo personalmente comparto esos objetivos. Después de todo, en vez de favorecer nuestra indiferencia ante la injusticia social, la creencia en otra vida debería estimularnos a intentar resolverla.

No puedo estar de acuerdo, además, en que el factor único, y ni siquiera principal, en la persistencia de las teorías que afirman la existencia de una vida después de la muerte sea distraer la atención de la gente de su insatisfactoria existencia. Muchas personas me han expresado sus temores a la muerte; no les gusta pensar que su consciencia va a desaparecer con la muerte. Otros echan de menos a amigos y familiares fallecidos y confían en que sigan existiendo en alguna otra parte. Estas preocupaciones parecen muy alejadas de las relativas a la injusticia social o a la opresión de clase.

Ha sido además mi interés por la medicina el que ha conformado mi forma de abordar estas experiencias. En mi calidad de médico, numerosas personas me han contado experiencias muy

importantes para sus vidas, derivadas de su contacto con medidas de resurrección médica. Considero que, como tal, éste es también un problema de la medicina. Me gustaría, en la medida de mis fuerzas, llegar a comprender experiencias de gran trascendencia para mis pacientes, y que tienden a ocurrirles en situaciones en las que se encuentran bajo cuidados médicos.

No pretendo decir que mi punto de vista sea mejor que el de los pastores liberales a que me he referido, sino sólo que es *distinto*. Podría ocurrir muy bien que su sensación de que está desapareciendo la preocupación por la vida después de la muerte no sea sino una proyección de su propia relación limitada con otros pastores que piensan lo mismo o con sus propios feligreses socialmente conscientes. No obstante, también podría pensarse que mi idea de que dicha preocupación sigue viva no es sino una proyección de mi propia experiencia limitada, principalmente con personas que han expresado su interés por el tema. No afirmo en absoluto conocer cuál es la opinión de la mayoría de los cristianos al respecto.

El segundo grupo de clérigos que han formulado críticas contra las experiencias de casi muerte hablan desde una perspectiva teológica más conservadora. Me refiero a los que afirman que este tipo de experiencias están dirigidas por fuerzas satánicas o por demonios.

Carezco de preparación formal en el campo de la teología. Mis lecturas se limitan a las obras de los teólogos más importantes, como San Agustín, Santo Tomás de Aquino y Juan Calvino, a quienes se considera asimismo como grandes e influyentes filósofos. Pero he consultado a amigos clérigos y teólogos que piensan de tales acusaciones. Por lo general se muestran de acuerdo en que una visión debe considerarse positiva si, entre otros factores, induce al que la ha tenido a, por ejemplo, acercarse a Dios, o a recibir enseñanzas religiosas. Como hemos podido comprobar, las experiencias de casi muerte de las personas por mí entrevistadas han tenido precisamente esas consecuencias. Otros pastores me han citado también el criterio de que tales visiones deben coincidir con lo que de ellas se dice en la Biblia, y se han mostrado de acuerdo conmigo en que así ha sido en estos casos.

Por mi parte, debo reconocer que me resultó muy molesto verme acusado, aunque sólo fuera por implicación, de alianzas con el diablo. Mis creencias religiosas tienen gran importancia para mí, y resulta además difícil defenderse de una acusación como la de satanismo. No obstante, me sentí bastante aliviado después de hablar con un pastor metodista, de carácter sumamente conservador y estricto, quien me contó que él mismo se había visto acusado, por miembros de una secta ligeramente más conservadora que la suya, de ser uno de los ayudantes de Satán. Me atrevo a afirmar que para quedarse con la conciencia tranquila basta con pensar que en este mundo tan amplio y diverso habrá siempre alguien que impugne las motivaciones de uno. Y me cabe confiar en que, en los aspectos en que haya podido errar, vendrá alguien a ayudarme a volver al buen camino.

Hay un tercer grupo de pastores que debe mencionarse en relación con esta discusión: los que no se han mostrado críticos, pero sí retraídos. Parecen no sentirse cómodos discutiendo este tipo de experiencias, ya que consideran que pertenecen más al campo de la medicina, que son un fenómeno que atañe sobre todo al médico. Pueden, por ejemplo, desestimar tales experiencias diciendo que no son sino alucinaciones, y ello a pesar de que las personas que las han sufrido las relacionan más con sus vidas y creencias religiosas que con su estado de salud.

Se trata de una manifestación más de un viejo dilema, del conflicto entre profesiones distintas. Todas las profesiones parecen contar con algunos miembros que defienden celosamente su propio territorio contra las intrusiones de los demás. A este tipo de personas les molesta que un lego bien informado o un profesional de otro campo comente algún tema perteneciente a su propio campo profesional. En todas las profesiones existen también determinados miembros reacios a interesarse o preocuparse por temas ajenos a su terreno o especialidad concretos.

Es conveniente mantenerse en guardia contra la simplificación de problemas complejos; pero se debe señalar que este tipo de exclusivismo profesional plantea también graves problemas. Esta actitud parece ser la más castrante a nivel intelectual. Tiene también grandes probabilidades de impedir cualquier aportación a la materia de que se trate por parte de alguien ajeno a la profesión.

Además, esta actitud parece basarse en el dudoso supuesto de que la actual división de trabajo entre las distintas profesiones y campos de estudio agota todas las posibilidades. Considero que, desde el punto de vista de un tema o nuevo fenómeno, debe ser verdaderamente trágico encontrarse en la línea fronteriza entre los dominios o campos de trabajo de dos profesiones humanas.

Para unir todo lo anteriormente expuesto en el tema que nos ocupa, diré que me he encontrado con

pastores y clérigos que parecen sumamente reacios a hablar sobre cualquier punto que les parezca relacionado en cualquier sentido con la medicina. He tenido ocasión de reunirme con los pastores o guías religiosos de algunos de mis pacientes, y me ha sorprendido mucho la forma apologética que tenían de discutir los aspectos médicos de estos casos, especialmente dado que mostraban un impresionante grado de comprensión de la condición y diagnóstico del paciente. Así, me he encontrado con pastores que rehusan discutir experiencias de casi muerte, por considerar que representan fenómenos de carácter médico. Por otro lado, varios médicos me han contado que se niegan a discutir estas experiencias con sus pacientes, por creer que pertenecen a la vida religiosa de éstos. Parece, en resumen, que para algunas personas este fenómeno es uno de esos campos entre dos mundos distintos, predestinados a la impopularidad.

REACCIONES POR PARTE DEL CLERO

En líneas generales, me ha complacido que la mayoría de los pastores, a los que ya conocía o he conocido durante la realización de este estudio, se hayan interesado y mostraran señales de aprobar mi trabajo. Ellos, por su parte, se dan cuenta de que no extraigo conclusiones, de que no intento imponer mis ideas personales a los demás, y de que, plenamente consciente de mis propias limitaciones, admito consejos y guías procedentes de otras perspectivas o puntos de vista.

5 EJEMPLOS HISTÓRICOS

Hace algunos años, cuando se me preguntaba si conocía algún ejemplo histórico de fenómeno de casi muerte, tenía que responder en sentido negativo. Desde entonces se ha hecho evidente que existe una amplia variedad de relatos de experiencias de casi muerte en escritos de tiempos anteriores. Creo que merece la pena citar aquí detalladamente ejemplos procedentes de diversas fuentes, extraídos de diferentes culturas y épocas. Lo que viene a continuación es sólo una parte de los materiales hasta el momento recopilados, y éstos no son probablemente sino lo que sobresale del iceberg.

Se ha señalado la historia del lapidamiento del apóstol Esteban como una posible experiencia de casi muerte.

En los salmos 7: 54-58 de la Biblia se cuenta que, poco antes de ser lapidado por una muchedumbre colérica —y, al parecer, antes de que se produjera ninguna herida—, Esteban tuvo una visión:

Quando oyeron estas cosas, les llegaron a lo más profundo, y le dieron de dentelladas. Pero él, poseído por el Espíritu Santo, miró tranquilamente al cielo y vio la gloria de Dios, y a Jesucristo de pie a la derecha de Dios. Y dijo: “Mirad, veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre a la derecha de Dios”. Entonces dieron grandes gritos, se taparon los oídos y cayeron sobre él al unísono; luego le sacaron de la ciudad y le lapidaron. Y los testigos depositaron sus vestiduras a los pies del joven, cuyo nombre era Saúl.

Beda el Venerable fue un monje inglés que vivió entre los años 673 y 735. En 731 terminó una *Historia de la Iglesia y el pueblo británico*.

Entre otros muchos milagros, Beda relata una historia de “retorno de entre los muertos” que, haciendo caso omiso de las diferencias de lenguaje cultural, se parece en muchos aspectos a las que podemos oír hoy en día.

Por esta época ocurrió en Bretaña un notable milagro, como los de los tiempos antiguos; pues, para despertar a los vivos de la muerte espiritual en que estaban sumidos, un hombre ya muerto volvió a la vida corporal y narró numerosos hechos admirables que había contemplado, algunos de los cuales he pensado que merecía la pena repetir aquí brevemente. Era el cabeza de una familia que vivía en un lugar del país de los northumbrianos llamado Cunningham, y que, junto con toda su familia, llevaba una vida devota. Cayó enfermo y fue empeorando hasta que llegó la agonía, falleciendo a primeras

horas de la noche. Pero con el alba volvió a la vida, y de repente se sentó, con gran consternación para todos los que lloraban alrededor del cadáver; sólo se quedó con él su esposa, que le amaba tiernamente, pero temblorosa y asustada. El hombre la tranquilizó y le dijo: "No temas, pues he escapado verdaderamente de las garras de la muerte, y me ha sido dado vivir de nuevo entre los hombres; más de ahora en adelante no debo vivir como solía, y tengo que adoptar un estilo de vida muy distinto..." Poco después abdicó de todas sus responsabilidades mundanas e ingresó en el monasterio de Melrose, que está casi totalmente rodeado por un meandro del río Tweed...

Así era como solía relatar su experiencia: "Mi guía era un hermoso joven que llevaba una túnica brillante, y caminamos en silencio en una dirección que me pareció ser el nordeste. Avanzando, llegamos a un valle muy amplio y profundo, de longitud infinita... Pronto me sacó de la oscuridad y pasamos a una atmósfera de clara luz, y según me conducía por esta luz resplandeciente, vi ante nosotros una enorme muralla que me pareció de una longitud y altura infinitas en todas las direcciones. Por lo que pude ver, no había ninguna puerta, ventana o entrada en ella, y empecé a preguntarme por qué seguíamos avanzando hacia la muralla. Pero cuando llegamos a ella, de repente, no sé cómo, nos encontramos de inmediato en lo alto de la misma. Dentro había un prado amplio y agradable... Era tanta la luz que se derramaba por aquel lugar, que parecía mayor que la claridad del día o que los rayos del sol cuando éste está más alto...

El guía me dijo: "Ahora debes volver a tu cuerpo y vivir de nuevo entre los hombres; pero si sopesas tus acciones con mayor cuidado y te esfuerzas por que tus palabras y hábitos sean sencillos y virtuosos, cuando mueras ganarás un puesto entre estos felices espíritus que contemplan aquí; pues cuando te dejé durante un rato, fue para descubrir cuál sería tu futuro". Al decirme esto me mostré sumamente reacio a volver a mi cuerpo, pues estaba hechizado por la dulzura y la belleza del lugar y por la compañía que allí vi; mas no me atreví a oponerme a mi guía, y mientras tanto, no sé cómo, me encontré de repente vivo y, una vez más, entre los hombres." Este hombre de Dios rehusaba discutir estas y otras cosas que había contemplado con personas apáticas o de vida disoluta, y lo hacía sólo con los que estaban obsesionados por el temor al castigo o esperanzados por los gozos eternos, y se mostraban dispuestos a encerrar sus palabras en sus corazones y acrecentar su santidad¹.

Entre los rasgos de especial interés de este relato figuran la sorprendente forma en que cambió la vida y apariencia del hombre a causa de su experiencia, la presencia de un espíritu que se encontraba allí para guiarle durante la transición, y su negativa a hablar con nadie que no le escuchase de forma receptiva y favorable.

En una excelente colección de relatos celtas, *A Celtio Misce-íjlany*, figuran dos interesantes historias de autores irlandeses desconocidos (de los siglos noveno y décimo, respectivamente):

vivos. Senán le dijo a Donnán: "Dile a los niños que se incorporen y hablen conmigo". Donnán les dijo: "Podéis levantaros para hablar con vuestros padres, pues así os lo ordena Senán". Se incorporaron de inmediato ante la orden de Senán, y dijeron a sus padres: "Nos habéis hecho un mal alejándonos de la tierra de la que venimos". "¿Cómo podéis preferir —les dijo la madre— estar en esa tierra que volver con nosotros?" "Madre -respondieron—, aunque nos dieseis poder sobre todo el mundo, y todos sus gozos y delicias, seguiríamos considerándonos como en una prisión, en comparación con la vida y el mundo de donde venimos. No nos retraséis más, pues ha llegado el momento de que retornemos al país de donde venimos; y, en nuestro nombre, Dios os dará consuelo para que no os aflijáis por nosotros". Sus padres les dieron, pues, su consentimiento; volvieron con Senán a su oratorio; allí recibieron el santo sacramento y se fueron al cielo. Sus cuerpos recibieron sepultura enfrente del oratorio donde vivía Senán. Y fueron los dos primeros muertos inhumados en la isla Scatterry".

Los niños que fueron al cielo

... Donnán, hijo de Liath, uno de los discípulos de Senán, fue a recoger algas a la playa junto con dos niños que estaban estudiando con él. El mar le arrebató su bote, por lo que carecía de embarcación para recogerlos, y no había ninguna otra en toda la isla con que poder rescatarlos; así que los niños se

ahogaron y quedaron sobre una roca; pero al día siguiente sus cuerpos fueron llevados hasta la orilla y quedaron sobre la playa de la isla. Vinieron los padres y rogaron que sus hijos les fueran devueltos

Una historia de fantasmas

Había una vez dos estudiantes que estudiaban juntos, y que eran hermanos, pues se habían criado juntos. Esto es lo que hablaban en su pequeña cabana: "Es un triste viaje cuando nuestros seres queridos y nuestros amigos se alejan de nosotros, y no vuelven nunca con noticias acerca del país al que van. Hagamos la promesa de que aquel de nosotros dos que muera antes vuelva a traerle noticias al otro". "Así sea, pero de verdad". Se comprometieron, pues, a que el primero de ellos que muriese se presentaría ante el otro antes de un mes para darle noticias.

Poco después uno de ellos murió. Fue enterrado por el otro, quien cantó su réquiem. Le estuvo esperando hasta final de mes, pero el otro no volvió; y entonces se dedicó a insultarle, y a insultar también a la Santísima Trinidad, por lo que el alma suplicó a la Santísima Trinidad que le dejase ir a hablar con él. Este se encontraba haciendo genuflexiones en su cabana, y encima de su cabeza había un pequeño dintel; su cabeza chocó con el dintel, y cayó inánime. Su alma vio el cuerpo ante ella, pero creía seguir dentro de él. Le miró y dijo: "Me parece muy mal que me traigan un cadáver. Deben haber sido los de la iglesia". Y diciendo esto, salió de su casa. Un clérigo iba tocando la campanilla. "No está bien, padre —dijo—, que me traigan el cadáver a mí". Mas el sacerdote no respondió. Se dirigió a todo el mundo que vio, pero no le oían. Esto le trastornó mucho. Se dirigió luego a unos segadores: "Aquí estoy" —dijo—; pero éstos no le oyeron. Entonces se apoderó de él una gran furia. Marchó a la iglesia; mas se habían marchado a cobrarle los diezmos, y entonces vieron su cadáver en la casa y lo llevaron al cementerio.

Cuando el alma entró en la iglesia vio ante sí a su amigo. "Bien —le dijo—, has tardado mucho en venir; prometiste en falso". "No me lo reproches —respondió el otro—; he venido muchas veces, y he estado al lado de tu almohada hablándote, pero no me oías, pues el pesado cuerpo terrenal no oye a la ligera y etérea alma". "Pero te estoy oyendo ahora" —dijo—. "No —contestó el otro—, aquí sólo se halla tu alma. Estás escapando de tu propio cuerpo, pues me rogaste que me reuniese contigo, y así ha ocurrido. ¡Ay del que obre mal! ¡Feliz será el que obre bien! Ve a reunirse con tu cuerpo, antes de que lo depositen en la tumba". "No volveré nunca a él, por miedo y aborrecimiento suyo". "Sí irás; vivirás un año más. Reza los *Beati* todos los días por mi alma, pues los *Beati* son la escalera, la cadena y el lazo más fuerte para sacar el alma de un ser humano del infierno".

Luego se despidió del otro, que volvió a su cuerpo, y en el momento de entrar en él dio un grito, con lo que volvió a la vida; y al cabo de un año fue al cielo. Los *Beati* son por tanto la mejor oración que existe².

Estos dos relatos reúnen características que se encuentran también en numerosas experiencias contemporáneas. Se da en ambos la ya conocida "resistencia a volver". En el segundo aparece la sensación de que el espíritu se ha alejado del cuerpo. El estudiante contempla su propio cuerpo, que en un principio no reconoce como tal —una observación que me ha formulado más de una persona al describirme sus experiencias—. Observa el fenómeno denominado de "espejo por un solo lado"; es decir, que aunque puede ver y oír a los demás, él resulta aparentemente invisible e inaudible para ellos. Es también saludado por su amigo anteriormente fallecido.

Una interesante historia, procedente de una cultura distinta, es la que figura en una obra de Sir Edward Burnett Tylor, un antropólogo inglés del siglo diecinueve. En *Primitive Culture* cita el siguiente relato polinesio:

Esta historia... se la contó a Mr. Shortland un sirviente suyo, llamado Te Wharewera. Una tía de este hombre había fallecido en una cabana solitaria cercana a las orillas del lago Rotorua. Como se trataba de una dama de alcurnia, se la dejó dentro de su cabana, se cegaron puertas y ventanas, y se abandonó la vivienda, ya que su muerte la había convertido en tabú. Pero uno o dos días después, Te Wharewera y otros, que iban remando en una canoa cerca del lugar a primeras horas de la mañana, vieron una figura que les hacía señas desde la orilla. Era su tía, que había vuelto a la vida, pero muy débil, fría y

extenuada. Una vez repuesta gracias a sus cuidados, les contó su historia. Tras abandonar su cuerpo, su espíritu había emprendido el vuelo hacia el cabo del Norte, habiendo llegado hasta la entrada de Reigna. Allí, agarrándose al tallo de una enredadera *akeake*, descendió por el precipicio, encontrándose en las arenosas orillas de un río. Al mirar a su alrededor, había descubierto a lo lejos un pájaro enorme, mayor que un hombre, que se aproximaba a ella con rápidos pasos. Aquel horrible animal la aterrizó tanto que en un primer momento pensó en intentar trepar otra vez por el escarpado precipicio; pero entonces vio a un anciano que iba remando en una pequeña canoa y corrió hacia él, escapando de ese modo del pájaro. Una vez en la otra orilla, le preguntó al anciano barquero, tras darte el nombre de su familia, dónde moraban los espíritus de su clan. Siguió el camino que éste le indicó, y se sorprendió mucho ante el hecho de que se trataba de un camino exactamente igual a los que había conocido en la Tierra; el paisaje, los árboles, las zarzas y las plantas le resultaban todos conocidos. Llegó a una aldea, y entre la multitud allí reunida encontró a su padre y a otros muchos parientes próximos; la saludaron y la recibieron con el quejumbroso canto que los maoríes dedican siempre a los que han estado largo tiempo ausentes. Pero cuando su padre le preguntó sobre sus parientes todavía vivos, y especialmente sobre el hijo de ella, le dijo que debería volver a la Tierra, ya que no había quedado nadie para cuidar de su nieto. Obedeciendo sus órdenes, se negó a tomar los alimentos que le ofrecían los muertos, y a pesar de los esfuerzos de todos por retenerla, su padre consiguió llevarla hasta la canoa, cruzó con ella, y en el momento de despedirse sacó de debajo de su capa dos enormes batatas, que le entregó, para que las plantara y sirvieran de alimento especial para su nieto. Mas cuando empezó a escalar nuevamente el precipicio, sintió que le tiraban de la espalda dos espíritus infantiles, y sólo logró escapar de ellos arrojándoles los tubérculos, que se detuvieron a comer, mientras ella seguía escalando el abismo con ayuda de la enredadera *akeake*, hasta que llegó a la Tierra y voló nuevamente adonde había quedado su cuerpo. Al volver a la vida, se encontró en la más completa oscuridad, y todo lo que había pasado le pareció un sueño; entonces se dio cuenta que estaba sola en la cabaña, con la puerta cerrada, y llegó a la conclusión de que realmente había muerto y retornado a la vida. Al amanecer, una débil luz se filtró por las rendijas de la casa cerrada, y vio cerca de ella una calabaza que contenía algo de comida mezclada con agua; la tomó ávidamente sin dejar nada, y sintiéndose algo más fuerte consiguió abrir la puerta y arrastrarse hasta la playa donde la habían encontrado poco después. Los que escucharon su relato creyeron firmemente en la verdad de sus aventuras, pero lamentaron mucho que no se hubiese traído al menos una de las gigantescas batatas, como prueba de su visita al reino de los espíritus³.

No he podido encontrar la obra de Edward Shortland, *Traditions and Superstitions of the New Zealanders*, de la que Tylor extrajo este relato. No obstante, haciendo caso omiso de las variantes culturales de expresión y simbolización y de las deformaciones que probablemente experimentó la historia al pasar de boca en boca, cabe reconocer en la misma algunos de los elementos comunes en las experiencias de casi muerte anteriormente descritos. La mujer "fallecida" dejó su cuerpo, atravesó un río, la recibieron sus parientes muertos y recibió la orden de volver para cuidar a su hijo.

El escritor inglés Thomas De Quincey (1785-1859) estaba muy familiarizado con las experiencias de casi muerte. En *Confessions of an English Opium Eater* describe sus propios problemas derivados de la adicción al opio, hábito muy extendido en su época, cuando el opio se podía conseguir con facilidad y adquirir legalmente. Describe cómo, en ocasiones, se le representaban escenas de su pasado, y esto le recuerda una historia que le había contado un miembro femenino de su familia, que los investigadores y estudiosos creen fue su madre.

En la primera edición (1821) de su obra, escribe:

En cierta ocasión, un miembro próximo de mi familia me contó que, habiéndose caído durante su infancia a un río, y habiendo estado a punto de morir de no ser por el socorro que recibió en el último momento, pudo contemplar en un instante, y con los menores detalles, toda su vida, que se le apareció simultáneamente, como en un espejo, desarrollándosele instantáneamente la capacidad de aprehenderla en su totalidad y en cada una de sus partes⁴.

En una continuación, *Suspiria De Profundis*, De Quincey recoge nuevamente el incidente y comenta las escépticas respuestas que el relato provocó al parecer en algunos de sus lectores:

Aunque de edad desacomodadamente avanzada, la dama en cuestión vive todavía; y debo señalar que entre sus defectos no se contó nunca la liviandad de principios o la falta de respeto a la más

escrupulosa veracidad, sino, por el contrario, los que se derivan de la austeridad: la dureza y la melancolía, y el no encontrar la menor indulgencia ni para con los demás ni para con ella misma; y en el momento de narrar este incidente, ya muy anciana, se había hecho devota hasta el ascetismo. Por lo que yo recuerdo, acababa de cumplir los nueve años cuando, jugando a la orilla de un arroyo solitario, se cayó en una de sus charcas más profundas. Tras un período de tiempo que nadie sabe cuánto duró, la salvó un labrador que iba cabalgando por un prado distante y la había visto salir una vez a la superficie, pero no antes de que hubiese descendido a los abismos de la muerte y atisbado sus secretos hasta donde haya podido hacerlo una mirada humana y podido regresar. En cierto momento de este descenso pareció herirla un golpe; de sus pupilas surgió una luminosidad fosfórica, e inmediatamente se esparció por su mente un escenario fabuloso. En un momento, en lo que dura el parpadeo de un ojo, revivieron todos los actos, todos los pensamientos de su vida anterior, ordenándose no de forma cronológica, sino como partes de un todo simultáneo. Esa luz iluminó retrospectivamente toda la trayectoria de su vida, hasta las sombras de la infancia, quizá como la luz que envolvió al apóstol elegido [Pablo] en su camino a Damasco. Sin embargo, aquella luz fue cegadora durante un instante, mientras que la de ella llenó su mente de una visión celestial, de forma que en su conciencia se hicieron omnipresentes en un momento todos los detalles de esta visión de alcance infinito. Algunos críticos han reaccionado ante esta historia con gran escepticismo. Pero aparte que, desde entonces, la han confirmado otras experiencias fundamentalmente idénticas, de las que han informado personas distintas que han estado en las mismas circunstancias y que no habían oído nunca unas de otras, lo verdaderamente asombroso no es la *simultaneidad* en que los hechos pasados de su vida, aunque realmente sucesivos, se habían ordenado en su asombrosa línea de revelación. Este no era sino un fenómeno secundario; lo más profundo era la resurrección en sí y la posibilidad de resucitar de aquello que había dormido durante tanto tiempo en el polvo. La vida había arrojado un paño mortuorio, tan denso como el olvido, sobre todos los detalles de estas experiencias, y de repente, a una orden silenciosa, a la señal de una especie de cohete luminoso lanzado por la mente, el paño se descorre y queda al descubierto hasta lo más profundo del escenario⁵.

En relación con tiempos más recientes, es notable que los miembros de la Iglesia de Jesucristo de los Santos del Último Día [los mormones] hayan creído desde hace muchos años en las experiencias de casi muerte que se cuentan unos a otros. Tiene también gran interés el hecho de que el famoso psiquiatra Carl Gustav Jung haya sufrido una experiencia de casi muerte, que relata en el capítulo titulado "Visiones", de su obra *Memories, Dreams, and Reflections*.

Oscar Lewis, un antropólogo contemporáneo, ha escrito un libro fascinante. *Los hijos de Sánchez*, basado en sus estudios de la vida de una familia mexicana. Uno de los miembros de la misma le contó una experiencia de casi muerte.

En el campo de la literatura aparecen también descripciones parecidas. Para citar sólo dos ejemplos, en *Adiós a las armas*, Ernest Hemingway hace que el narrador cuente la sensación que experimentó de encontrarse fuera de su propio cuerpo durante un momento muy próximo a la muerte. (Es muy interesante señalar que, según algunos, se trata de una novela en gran medida autobiográfica.) Y León Tolstoy, en *La muerte de Iván Ilych*, describe la escena del fallecimiento del protagonista situando a éste en un espacio oscuro y cavernoso, en el que rememora toda su vida anterior, para pasar después a una deslumbrante luz.

Repito una vez más que éstos son sólo algunos de los ejemplos que se podrían citar. Lejos de tratarse de un fenómeno reciente, las experiencias de casi muerte nos han acompañado durante mucho, mucho tiempo.

6 OTRAS CUESTIONES

Desde la publicación de *Vida después de la vida* he recibido numerosas preguntas de lectores del libro, desde colegas en la medicina y la enseñanza, a otras personas interesadas en el tema. Considero que muchas de ellas son de interés general, y aprovecho por tanto para contestarles el foro que me proporciona este segundo libro.

¿No repercutirá la discusión pública generalizada de los detalles de este fenómeno en la exactitud de las futuras investigaciones en este campo?

Se trata evidentemente de un tema delicado. Plantea la posibilidad no sólo de que investigaciones posteriores se vean afectadas por la lectura de las ya realizadas, sino también de que personas poco escrupulosas afirmen haber pasado por estas experiencias para llamar la atención y atraer publicidad, o con el fin de alcanzar algún otro dudoso beneficio. No obstante, aunque mi estudio, al igual que los de la doctora Kübler-Ross y otros investigadores en este campo, puede complicar el problema de separar el grano de la paja, sigo creyendo que si se desea estudiar científicamente el fenómeno hay primero que llamar la atención sobre él.

La otra alternativa sería conservar celosamente el secreto profesional, y está rodeada también de objeciones y dudas. Durante muchos años la pregunta que más se me ha formulado ha sido: "Si esos hechos son tan corrientes, ¿por qué no se les ha dado más publicidad?" Parece que ahora entramos en una etapa en que la cuestión se convertirá en: "Dado que se da tanta publicidad a estos hechos, ¿por qué maravillarnos de que sucedan tan frecuentemente?"

¿Por qué no emplea los nombres de las personas a las que ha entrevistado? ¿No daría eso mayor credibilidad a su trabajo?

Continuaré con mi línea de no citar nombres. Hay varias razones para actuar de ese modo. En primer lugar, la gente que acude a mí da por sentado que no voy a utilizar sus nombres. Deseo continuar esta práctica, para seguir obteniendo relatos que la gente podría dejar de contarme si creyeran que eso permitiría identificarlos. La lectura de los casos resultaría más estremecedora si los acompañase de una fotografía de la persona en cuestión y citase su nombre y dirección, como se haría en un artículo periodístico; pero eso no haría mi estudio más creíble desde un punto de vista científico.

Lo único que, en último extremo, puede dotarle de mayor credibilidad es que otras personas descubren lo mismo que yo con casos distintos. En mi obra no extraigo ninguna conclusión; sólo predigo que otros individuos que aborden la misma problemática, bien dispuestos y diligentemente, podrán encontrar ejemplos de experiencias de casi muerte que demuestran todos y cada uno de los diversos factores y etapas de las experiencias sobre las que yo he escrito.

¿No será toda esta idea de una vida después de la muerte nada más que un ensueño?

Como a todos, o al menos a la mayoría de nosotros, nos gustaría encontrar otra vida después de la muerte, algunos pueden argumentar que todas las pruebas que se presenten deben ser vistas con desconfianza. Este tipo de razonamiento está muy extendido, pero debo señalar que se puede interpretar también en el otro sentido. El hecho de que haya algo que la mayoría de nosotros deseemos no implica que no vaya a ocurrir.

William James lo explicó muy bien cuando dijo que, en relación con los temas religiosos cuya certeza o falsedad no fuese empíricamente demostrable, no resulta más racional dejar de creer en ellos por temor a equivocarse que creer en ellos en la esperanza de acertar.

¿Este interés por las experiencias de casi muerte no será acaso una moda pasa/era?

No lo creo. El interés por la naturaleza y sentido de la muerte es una constante en toda la historia del pensamiento occidental. Casi todos los grandes filósofos han abordado este problema, y puede considerarse casi como el tema básico de los escritos y sistemas filosóficos de la mayoría de ellos.

En segundo lugar, el rápido avance de las técnicas médicas de resurrección garantiza que, en el futuro, nos tendremos que ocupar cada vez más de este fenómeno.

Finalmente, muchos médicos deben haber escuchado a pacientes desahuciados formular esta súplica angustiada: "Pero ¿no puede decirme nadie cómo es la muerte?" Creo que representa un avance que

seamos capaces de arrojar algo más de luz sobre esta cuestión, tanto si se conciben las experiencias de casi muerte como indicios de mortalidad, como si se consideran simplemente la consecuencia de hechos en último extremo fisiológicos.

¿Se ha mostrado, antes o después de sus experiencias, interesada por el ocultismo la gente con la que usted ha hablado?

He charlado ya con más de trescientas personas que han tenido experiencias de casi muerte. En un grupo tan grande no es sorprendente encontrar algunos individuos que muestren cierto interés por temas tales como la reencarnación, la comunicación con los espíritus a través de médiums, la astrología y otros fenómenos ocultos. No obstante, me parece muy notable que de todos mis pacientes sólo seis o siete mostraran interés por estos temas, antes o después de su experiencia. Casi ninguno de ellos ha expuesto más de una experiencia extraña o poco usual en el transcurso de sus vidas.

En general, la gente que he entrevistado no es de la que tiene frecuentemente experiencias fuera de lo corriente, o con un interés superior al normal por los temas relacionados con el ocultismo.

¿Ha entrevistado alguna vez a ateos que hayan tenido esas experiencias?

Todas las personas con las que he hablado procedían de la tradición judeocristiana.

En ese contexto, la palabra "ateo" equivale, al menos en parte, a un término lleno de connotaciones, que implica una cierta interpretación de la personalidad, los sentimientos y las creencias. En algunos casos, el "ateísmo" puede no ser nada más que un comportamiento puramente verbal que enmascara sentimientos personales muy distintos, quizá incluso profundamente religiosos.

Creo que sería casi imposible precisar el grado de anterior fe religiosa en estos casos, ya que en nuestra sociedad todo el mundo está como mínimo expuesto a las ideas religiosas. En vista de ello, el problema que se plantearía con cualquier persona sería determinar hasta qué punto se aferra a conceptos religiosos, aunque sea inconscientemente.

Las personas a quienes entrevisté que afirmaron carecer de creencias religiosas concretas antes de sus experiencias, confesaron haber empezado a aceptar como verdaderas las doctrinas religiosas sobre la otra vida después de pasar por ese trance.

¿Qué edades tenían las personas que ha entrevistado?

He hablado con varios adultos que me contaron experiencias que tuvieron lugar cuando eran niños. El más joven de estos casos tenía sólo tres años. No obstante, sólo hablé con un niño que me haya contado una experiencia de este tipo, y fue por coincidencia. Me la contó en una clínica pediátrica donde estaba ayudando a tratarle.

La persona de mayor edad que he entrevistado tenía aproximadamente setenta y cinco años cuando sufrió su experiencia. Me la contó apenas dos meses después. Creo que la edad de la persona tiene poco que ver con el contenido de la experiencia en sí. Por supuesto, los pensamientos que pasan por la mente de un niño en este trance son muy distintos de los de un adulto, y los expresa además de modo muy distinto.

¿No será el objetivo de todo esto intentar glorificar la muerte?

No, en absoluto. Creo que todos nos damos cuenta de los aspectos negativos de la muerte. La muerte es nefanda porque representa la separación de los seres queridos, y por los sufrimientos que pueden precederla. Es también negativa en el sentido de que hay gente que fallece prematuramente sin haber tenido oportunidad de hacer las cosas que les hubiera gustado hacer en la vida.

Yo "fallecí" y me resucitaron. Sin embargo, no recuerdo nada de todo ello. ¿Qué es lo que fue mal?

Varias personas me han expresado esta misma preocupación, en respuesta a la cual deseo formular algunas observaciones. Tal como puse de relieve en *Vida después de la vida*, no todo el que sobrevive a una "muerte" clínica recuerda luego algo sobre ella. He hablado con muchas personas que no recuerdan nada.

No puedo detectar *ninguna* diferencia entre los que tienen y los que no tienen esas experiencias durante su "muerte" en lo relativo a procedencia religiosa o personalidad, a las circunstancias o causa de la muerte, o a cualquier otro factor.

Uno se pregunta si un determinado porcentaje de la gente que no recuerda nada no estará ocultando inconscientemente la realidad; es decir, si no habrá habido una experiencia de ese tipo que, por una razón u otra, el subconsciente obliga a la mente consciente a "olvidar".

Me gustaría que nadie tome la relación de elementos comunes que yo he elaborado como un modelo fijo y exhaustivo de cómo *debe ser* una experiencia de casi muerte. Existe una gama enormemente amplia de experiencias, con personas en las que se han dado sólo uno o dos de los factores, y otras en las que se han dado la mayoría. Anticipo que la lista por mí descubierta experimentará necesariamente aumentos, modificaciones y reformulaciones. No pretende ser nada más que un modelo teórico aproximado, y se debería evitar la tentación de transformarla en un ideal fijo e inamovible.

Afirma que no todo el mundo que sufre una muerte clínica aparente tiene una de esas experiencias. ¿Cuál es, pues, el porcentaje?

El tipo de estudio que he realizado no me proporciona una base en que apoyar ese juicio. En primer lugar, mi muestra de casos se inclina evidentemente por los que sí han tenido una de dichas experiencias. Debido a la naturaleza de la tarea que estoy llevando a cabo, los que han tenido las experiencias tenderán más a contármelas que los que sufrieron una muerte clínica y no recuerdan nada.

Se me ha formulado frecuentemente una pregunta parecida en relación con los factores individuales de las experiencias de casi muerte. La gente pregunta, por ejemplo, cuál es el porcentaje de los que informan haber atravesado el túnel, visto la luz, etc. No he intentado calcular qué porcentaje de los entrevistados informa de cada uno de estos elementos. En primer lugar, no se puede estar seguro de que porque una persona no incluyera un elemento determinado en la narración de su experiencia, el elemento no estuviese presente. Puede haberlo olvidado, o haber tenido alguna razón para no mencionarlo. En segundo lugar, no me he molestado en contarlo, ya que con ello sólo se conseguiría una magia pseudocientífica de los números.

Habría resultado muy sencillo ilustrar los dos libros con gráficos y diagramas que mostrasen tales cifras y porcentajes. No obstante, como mi muestra de casos no es aleatoria, y no se ha recopilado en circunstancias controladas, tales gráficos y diagramas equivaldrían sólo a un autoengaño y carecerían de validez científica.

La única forma de responder satisfactoriamente a preguntas como éstas desde un punto de vista científico sería realizando estudios prospectivos como los que intentaré describir con más detalle en el Apéndice. Por ejemplo, cabe investigar los próximos doscientos cincuenta casos de intentos logrados de resurrección cardiopulmonar en un hospital determinado, en condiciones controladas, y para comprobar unas hipótesis experimentales dadas.

A pesar de la falta de pruebas estadísticas, creo que las experiencias de casi muerte como las por mí descritas son bastante corrientes en las personas que han sido "resucitadas". Me atrevo a predecir que cualquier investigador que inicie un estudio de este tipo con buena disposición e interés se encontrará con un amplio número de casos.

¿Ha entrevistado alguna vez a una persona acerca de una experiencia de casi muerte poniéndola en situación de hipnosis?

En cierta ocasión pensé que, con pacientes que lo aceptaran voluntariamente, éste podría resultar un método fructífero de investigación. De hecho, me encontraba en las etapas preliminares de la planificación de una investigación de este tipo en colaboración con un hipnotizador médico hábil y experimentado. No obstante, se nos ocurrió que, teóricamente, podría resultar peligroso devolver a una persona al momento de su muerte clínica, pues el subconsciente se toma las sugerencias hipnóticas muy al pie de la letra. Además, la sugestión hipnótica puede tener efectos sorprendentes y muy extraños sobre el organismo y su funcionamiento. Se dice, por ejemplo, que se puede conseguir que en la piel de una persona hipnotizada aparezca una ampolla limitándose a sugerirle que se le ha rozado con un objeto muy caliente.

En vista de ello, pensamos que, obedeciendo a la sugerencia ,de volver mentalmente al momento de su "muerte" clínica, una persona podría experimentar todos los sufrimientos e incidencias de la muerte. Por lo tanto, no pusimos nunca en práctica este experimento. Hace muy poco tiempo me he enterado de que un experimento de este tipo terminó con un paro cardíaco del paciente, que tuvo que ser reanimado. Ni que decir tiene que desapruebo este tipo de experimentos.

¿Se debería informar de estas experiencias a pacientes clínicamente desahuciados?

Esta es una pregunta que me han formulado varios médicos. Ni yo mismo he llegado a encontrar una respuesta satisfactoria, pues se dan numerosas variables. Por el lado negativo, cabe argumentar que el conocimiento de las mismas puede trastornar a personas que crean en una teología fija que mantenga que, después de la muerte, se producen hechos de tipo muy distinto, o que no ocurre nada en absoluto. En este caso, cabe argumentar que no se les debería informar, pues puede desconcertarles, especialmente si han llegado ya a aceptar la muerte por otras vías.

Por otro lado, he escuchado razonamientos en el sentido de que hay personas a las que sí se deberían comunicar estas experiencias, pues si no son ciertas, y no hay nada más allá de la muerte, no se las hace daño alguno, mientras que si lo son, la gente puede estar mejor preparada para lo que les espera. El *Libro Tib-tano de los Muertos* se escribió aparentemente con este fin. Una de las ideas en que se basaba era que podía ser leído por los que se estaban muriendo —que podían seguir leyéndolo algún tiempo aun después de muertos—, con lo que disminuiría su desconcierto ante los diferentes trances por que iban atravesando.

Creo que la respuesta definitiva a esta pregunta depende del tipo de personas de que se trate. Los médicos tendrían que basarse en su diagnóstico clínico, en su conocimiento de la personalidad del paciente, y en la relación concreta entre doctor y paciente que se haya establecido.

En cualquier caso, dentro de muy poco esta cuestión puede resultar puramente académica, pues estas experiencias resultan cada vez más conocidas. Cabe mencionar a este respecto la propuesta formulada por una pediatra que ha tenido que ocuparse de numerosos pacientes clínicamente desahuciados. Sugiere que las personas que han tenido experiencias de casi muerte las comparten con individuos clínicamente desahuciados que muestran interés por escucharlas.

¿Cómo debe uno responder cuando un conocido, o un paciente, le cuenta una experiencia de este tipo sin habérselo pedido?

Esta cuestión se me ha planteado de un modo muy personal. Aunque parezca extraño, no he entrevistado a ningún paciente a quien yo mismo hubiese contribuido a devolver la vida. No obstante, durante mi formación médica me encontré con dos pacientes que, espontáneamente, me relataron experiencias de casi muerte. En ambos casos las experiencias habían tenido lugar algunos meses antes y en ninguno de ellos le había preguntado yo al paciente nada relacionado con este tema. Se limitaron a recordar sus experiencias en el transcurso de una conversación como la que habitualmente mantiene un médico con su paciente.

Encontré ambos casos sorprendentes, ya que parecían confirmar mi teoría de que la causa de que los médicos no hayan reparado hasta ahora mucho en este fenómeno radica simplemente en que no prestan atención cuando sus pacientes les cuentan este tipo de sucesos.

Uno de los pacientes era un hombre de edad avanzada, con una enfermedad de la piel; el otro, un muchacho de doce años, algo retrasado mental, con una enfermedad endocrina congénita. Ninguno de ellos sabía que yo había estado realizando un estudio sobre las experiencias de casi muerte. Ambas confesiones me cogieron tan de sorpresa, que no llegué a hacer nada en relación con las mismas. En los dos casos me limité a formular algún inocuo comentario del tipo de "¡Qué interesante!", y no fui más allá. Supongo que en aquella época consideré que los pacientes buscaban ayuda para un problema médico concreto y que la clínica no era el lugar más adecuado para proseguir este tipo de conversación. Tampoco sugerí a ninguno de los dos pacientes que ya había tenido conocimiento de experiencias de este tipo con anterioridad.

Cuando pienso en ello, me siento culpable de no haber compartido mis conocimientos sobre el tema con estas dos personas. Quizá el mejor apoyo que podría haberles prestado hubiera sido hacerles saber que estas experiencias les habían ocurrido también a otros.

Actualmente pienso que, dependiendo siempre de la relación concreta entre médico y paciente, se puede responder diciendo más o menos lo siguiente: "Esas experiencias existen, y son muchos los que han informado acerca de las mismas. Aunque, desde un punto de vista científico y médico, no se puede dar una explicación concreta de qué representan, la experiencia debe haber significado mucho para usted. En último extremo, usted mismo será quien tenga que comprenderla e interrogarla dentro de su propia vida. Puede servirle de ayuda la lectura de los grandes textos religiosos y la discusión con otras personas que hayan tenido también estas experiencias, o que hayan investigado o reflexionado sobre las mismas".

REFLEXIONES SOBRE VIDA DESPUÉS DE LA VIDA

¿Afecta el hecho de que uno conozca tales experiencias a los cuidados que presta a un paciente agonizante?

Este es un tema muy complejo. Una de las cosas que se me ocurre es que se deberá ser muy prudente con lo que se dice durante los intentos de resurrección, aunque parezca obvio que el paciente es irrecuperable. Muchos médicos se han quedado de piedra al oír a sus pacientes repetir sus observaciones después de una reanimación conseguida. Conozco un médico que en su vida profesional tiene que tratar a numerosos pacientes clínicamente desahuciados. Aun antes de leer mi estudio, conocía muchas experiencias como las por mí descritas. Ha tomado la costumbre de permanecer con sus pacientes durante un rato después de su muerte, y seguir habiéndoles. Lo más interesante es que lo hace a pesar de que personalmente cree que las experiencias de casi muerte no son nada más que procesos fisiológicos que continúan durante un tiempo en la mente incluso después de haberse parado el corazón,

¿Qué implicaciones contienen los estudios de los fenómenos de casi muerte para los problemas éticos relativos al mantenimiento artificial de la vida, aun después de que las funciones cerebrales hayan quedado irreversiblemente dañadas?

Las implicaciones de estos estudios pueden ser muy importantes para los casos de mantenimiento artificial de las funciones vitales. No obstante, en el momento actual la investigación en este campo se halla todavía en una etapa tan rudimentaria que no cabe extraer conclusión alguna. Aun en el caso de que se diera como hecho científico probado la realidad de los fenómenos de casi muerte, y no como algo perteneciente al campo de lo anecdótico y puramente especulativo, persistirían los dilemas éticos.

No obstante, con respecto a (a cuestión concreta de la eutanasia mi opinión es más dogmática. Me opongo a la misma por razones éticas, y no la recomendaría en ninguna circunstancia.

Formo parte de un equipo médico de urgencia y tengo muchas veces que participar en la reanimación

de pacientes aparentemente muertos. Me preocupa mucho que algunos de estos pacientes me digan, como ocurre en ocasiones, que les molestaron nuestros esfuerzos por devolverles a la vida, ya que estaban teniendo una de estas experiencias. ¿Cómo se puede resolver emocionalmente este problema?

Yo también he oído historias de este tipo, de labios tanto de médicos como de pacientes. No obstante, y por lo que yo sé, esta reacción ha sido sólo momentánea. Las medidas de reanimación pueden molestarles de momento, pero al cabo de unas cuantas horas, días o semanas, su actitud varía. Se muestran por lo general muy agradecidos de que se les haya concedido una “segunda oportunidad”.

Algunos de sus pacientes han dicho que de estas experiencias dedujeron que las dos metas más importantes en la vida eran la capacidad de amar a los demás y la acumulación de conocimiento. ¿Podría contar más cosas al respecto? ¿Qué tipo de amor? ¿Qué clase de conocimiento?

Tanto “amor” como “conocimiento” son palabras sumamente ambiguas. Aunque expresan conceptos muy distintos, las palabras griegas *philos*, *eros* y *ágape* pueden traducirse las tres por “amor”. Por el tono de las personas que cuentan estas experiencias, deduzco que el tipo de amor en que piensan se aproxima más al concepto de *ágape*. Puede caracterizarse, en términos generales, como el tipo de amor desbordante, espontáneo e inmotivado que se siente hacia los demás, a pesar de sus defectos.

De modo parecido, las palabras griegas *episteme* y *techne*, de significado también muy distinto, se traducirían ambas por “conocimiento”. Tal como se deduce de los términos derivados “tecnología” y “técnica”, *techne* tiene fundamentalmente que ver con lo que cabría calificar como aplicación del conocimiento. *Episteme* se refiere más a los tipos de conocimiento fáctico y teórico. Oyendo los relatos de experiencias de casi muerte, la impresión que saco es que el tipo de conocimiento al que se refiere la gente tiene más que ver con este segundo concepto. Nadie parece volver a la vida con el deseo apasionado de, por ejemplo, aprender a montar en bicicleta, a pesar de que puede calificarse de “conocimiento” el saber montar en bicicleta.

Últimamente le he venido pidiendo a la gente que ha tenido experiencias de casi muerte que expliquen lo mejor que puedan el tipo de amor y de conocimiento que consideraban tan importante. Uno de ellos era un individuo de unos cuarenta años que había sufrido un grave accidente de coche. Le llevaron a un hospital en el que le consideraron insalvable, pero “resucitó”. En una entrevista mantenida un mes después, me manifestó lo siguiente:

[Sobre el amor] Bien, me preguntó sobre el amor. ¿Hasta qué punto había aprendido a amar? Lo que me preguntaba me parecía entonces evidente, pero ¡resulta tan difícil de explicar ahora! Deseaba hacerme comprender que se trataba de la clase de amor que no tiene nada que ver con humillar o rebajar a la gente. Lo que me preguntaba es si podía amar a la gente a pesar de conocerla bien, a pesar de sus defectos.

[Sobre el conocimiento] También se mencionó los conocimientos que había adquirido... ¿Qué tipo de conocimiento? Bueno, resulta difícil de explicar, ya sabe. Pero el conocimiento de las cosas básicas, de las causas de las cosas, los principios universales básicos..., de los factores que hacen que siga funcionando el universo... Se me dijo que eso sería importante allí también...

Los fragmentos que reproduzco a continuación pertenecen a la entrevista mantenida con un ama de casa de casi cuarenta años, que había tenido complicaciones tras una operación quirúrgica y sufrió un paro cardíaco.

[Sobre el amor] Me mostró todo lo que había hecho, y luego me preguntó si estaba satisfecha con mi vida... Le interesaba el amor. Se trataba de amor. Y se refería a esa clase de amor que me impulsa a enterarme si mi vecino está bien alimentado y vestido, y a desear ayudarle si no es así.

[Sobre el conocimiento] El tipo de conocimiento a que se refería era et conocimiento más profundo, el relacionado con el alma...; sabiduría le llamaría yo.

Es evidente que, en las revisiones de sus vidas de que estas personas habían sido testigos, el objetivo en que se ponía más énfasis era el del amor. Cuando el ser luminoso mencionaba el conocimiento, solía hacerlo de forma casual y como de pasada. Parecía dar a entender que el aprendizaje no era algo que se detenía cuando la gente moría, sino que proseguiría aun cuando fuesen a permanecer allí para siempre.

Conviene tener en cuenta que la discusión se ve complicada por el hecho de que la gente suele afirmar que para poder expresar plenamente todo el impacto de su experiencia necesitarían un lenguaje que supera sus capacidades. Las palabras que son capaces de emplear resultan inadecuadas. De hecho, las realidades últimas a que se refieren son inaprehensibles.

Existe otra palabra griega, *sophia*, que también se refiere al conocimiento. Podría traducirse por "sabiduría", y resulta muy significativo que éste sea precisamente el término que aparece en uno de los relatos aquí citados. Tanto *sophia* como "sabiduría" poseen, si es que se puede decir de este modo, una dimensión ética aparte de la puramente fáctica. Se suele entender que un hombre sabio es aquel que no sólo posee conocimientos, sino que es también capaz de aplicarlos de forma moralmente correcta. La narración citada da a entender un aspecto moral en la acumulación de conocimiento.

¿Puede la gente tener experiencias parecidas o idénticas a las que usted ha descrito sin necesidad de "morir" o de ni tan siquiera estar cerca de la muerte?

Parece ser que sí. Mucha gente me ha relatado experiencias de encontrarse fuera de su propio cuerpo que se produjeron espontáneamente. La gente que las tuvo no estaba clínicamente "muerta", ni tan siquiera enferma o en dificultades. Además, en la mayoría de los casos no eran algo buscado. Se produjeron de forma absolutamente sorprendente.

Las experiencias de casi muerte se parecen también en muchos aspectos a las visiones místicas y religiosas descritas por los grandes profetas del pasado. Sin duda se podrían citar muchos más ejemplos de similitudes. No obstante, no he buscado relatos de este tipo, ni buceado en los que me han sido comunicados. Esto no se debe a que no esté interesado en ellos, sino simplemente a que he encontrado materiales más que suficientes que me mantengan ocupado centrándome en aquellos en los que se produce un encuentro en los umbrales de la muerte.

Si se me pidiera que explicase estas similitudes y se me permitiera echar la imaginación al vuelo, se me ocurrirían muchísimas posibles explicaciones. Supongamos, por ejemplo, que existe una continuación directa de la vida tras la muerte física. Si es así, debe haber algún mecanismo, corporal o espiritual, o puede que de ambos tipos, que, en el momento de la muerte, libere la psiquis, el alma (o lo que quiera llamársele). Pero no pensemos que nuestros mecanismos corporales funcionen a la perfección todo el tiempo. Los órganos de nuestro cuerpo funcionan mal en ocasiones y nuestra razón, percepción o pensamiento nos pueden inducir a veces a error. Análogamente, no tenemos ninguna razón para dar por sentado que este hipotético mecanismo que libera el alma del cuerpo funcione a la perfección en todo momento. ¿No puede ser que diferentes tipos de situaciones, tensiones, etc., provoquen algunas veces un funcionamiento prematuro de este mecanismo? Si fuese así, se explicaría la similitud entre las experiencias de casi muerte y los demás tipos de experiencias, como la de sentirse fuera del propio cuerpo. Podría explicar asimismo el hecho de que los fenómenos descritos por aquellos que se encuentran en situaciones de peligro de muerte, aun sin sufrir la menor lesión, sean idénticos a las experiencias de los que son reanimados tras una aparente "muerte" clínica.

Acaba de decir que las visiones místicas son en muchos aspectos similares a las experiencias de casi muerte. ¿En cuáles?

En esta época mucha gente parece identificar "misticismo" con el "misticismo oriental". Existe no obstante una larga historia de visiones místicas en la tradición occidental. San Agustín, San

Francisco de Asís, Teresa de Avila, el maestro Eckhardt y Juana de Arco podrían ser calificados todos de místicos.

En su famoso estudio, *The Varieties of Religious Experience*, William James da la siguiente lista de características de las visiones místicas:

1. *Inefabilidad*. Uno de los rasgos por los que yo calificaría de místico un estado de la mente es de carácter negativo. El sujeto que lo ha experimentado afirma de inmediato que es imposible de describir, que las palabras no pueden reflejar ni remotamente su contenido...

2. *Intuición mental*. Los que pasan por esos trances parecen considerarlos también como estados de conocimiento. En ellos vislumbran profundas verdades inexplorables por el intelecto discursivo...

Estas dos características bastarían para calificar de místico un estado, al menos en el sentido que yo le doy a la expresión. Existen otras dos cualidades, mucho menos marcadas, pero que se suelen dar también. Son:

3. *Transitoriedad*. Los estados místicos no pueden prolongarse durante mucho tiempo. Salvo en raros casos, media hora o, como máximo, una hora o dos, parecen ser el límite tras el cual se disuelven en la luz de la vida cotidiana...

4. *Pasividad*. Aunque la aparición de los trances místicos puede propiciarse mediante operaciones voluntarias previas, como concentrar la atención, realizar determinados ejercicios físicos, u otras que prescriben los manuales de misticismo, una vez que se ha producido la característica pérdida de consciencia, el místico siente como si se le hubiese despojado de voluntad propia, y, de hecho, algunas veces como arrebatado y retenido por una fuerza superior. Esta segunda peculiaridad conecta los estados místicos con determinados fenómenos concretos de la doble personalidad o personalidad alternativa, tales como la capacidad para la profecía, la escritura automática o el trance de un médium. No obstante, cuando estos últimos rasgos están muy pronunciados, puede no recordarse luego en absoluto el fenómeno, y carecer de resonancia para la vida interior del sujeto, en la cual, por así decirlo, representa algo así como una interrupción. Los estados místicos propiamente dichos no son nunca una simple interrupción. Siempre queda algún recuerdo de su contenido y un profundo sentimiento de su importancia. Modifican la vida interior del sujeto en los intervalos de tiempo entre los cuales se producen. Resulta sin embargo muy difícil introducir divisiones tajantes en este campo, pues se encuentran en él todo tipo de matices y combinaciones 1

Otros autores han apuntado características adicionales. Dos ejemplos son la alteración del sentido del tiempo y el espacio y, en muchos casos, el efecto integrador de la visión en la personalidad y consiguiente forma de vida del individuo en cuestión.

Todos los criterios anteriormente expuestos resultan de un modo u otro aplicables al caso de las experiencias de casi muerte. Existen no obstante otras características muy corrientes en las experiencias de casi muerte que no se describen de forma destacada como aspectos de las experiencias de los grandes místicos de la historia. La revisión global de la propia vida es una de ellas.

¿Afirma la gente que su sentido del tiempo cambia durante estas experiencias?

Suelen informar que durante las experiencias de casi muerte el tiempo se altera. Esto aparece en lugar destacado en narraciones como la de una mujer que, en el transcurso de una aparente "muerte" clínica, creyó encontrarse en un medio paradisiaco. Cuando le pregunté cuánto tiempo le pareció que duraba, me respondió: "Se podría decir que un minuto o que diez mil años. Eso no cambia nada".

También, un hombre que se encontró atrapado en una explosión y un incendio, se sintió flotar

por encima de su cuerpo y contempló cómo los demás corrían a salvarle. Dice que en ese momento lo que le rodeaba físicamente pareció desaparecer por completo, y se le presentó una revisión de toda su vida, mientras la “discutía” en presencia de Jesucristo. Cuando se le preguntó cuánto pareció durar esa revisión, señaló que si le obligase a decirlo en términos temporales tendría que fijarlo en una hora como mínimo. Sin embargo, cuando recibió la orden devolver y las imágenes desaparecieron, volvió a ver lo que le rodeaba físicamente. Las personas que corrían a salvarle le parecieron como “congeladas” en las mismas posturas en que las vio antes de iniciarse la visión. Cuando se sintió volver a su propio cuerpo, la acción se aceleró nuevamente.

Estos ejemplos y otros muchos ilustran que durante las experiencias de casi muerte, y utilizando las palabras de una tercera persona, “El tiempo allí no es como el de aquí”. Cabe señalar que éste es un rasgo más en el cual las experiencias de casi muerte se asemejan a las visiones místicas.

¿Experimenta do/ores la gente que se siente fuera de sus cuerpos durante las experiencias de casi muerte?

Mucha gente me ha contado que mientras se sentían como fuera de sus propios cuerpos no experimentaban dolor alguno, aunque antes los dolores podían haber sido intensos. Algunos me han informado con asombro que, aunque podían ver a los médicos o a otro personal médico golpeándoles el pecho, clavándoles agujas en los brazos, etc., mientras se sentían como fuera de sus cuerpos todas esas actividades no les causaban dolor alguno. Por otro lado, me han contado que tan pronto volvían a sus cuerpos, se apoderaba de ellos el dolor.

Ha mencionado casos de experiencias de casi muerte de larga duración. ¿Cómo es posible que esta gente volviese a la vida sin que su cerebro resultase gravemente dañado?

Se pueden citar varias razones. En primer lugar, durante los procesos de reanimación sigue recibiendo sangre y, por tanto, el oxígeno y elementos vitales que ésta contiene. En esto consiste el masaje cardiaco: en hacer que la sangre siga circulando aunque no lata el corazón.

En segundo lugar, otras condiciones, como, por ejemplo, las variaciones de temperatura, pueden afectar también al grado hasta el cual el cerebro pueda resultar dañado. El cerebro de una persona que justo antes de “morir” tuviese ciento cinco grados de temperatura (Fahrenheit) se deterioraría mucho más de prisa que el de una persona cuya temperatura se hubiese hecho descender.

En realidad, durante operaciones como las que se efectúan a corazón abierto se para el corazón durante largos períodos sin que resulte dañado el cerebro. Esto se consigue mediante el uso de técnicas hipotérmicas, reduciendo artificialmente la temperatura del cerebro.

Así, aunque muchos hayan oído que tras cinco minutos sin oxígeno los intentos de reanimación deben afectar necesariamente al cerebro, se trata sólo de una regla excesivamente simplificada. Cuando se estudia las complejas circunstancias de los intentos de reanimación hay que tomar en cuenta otros muchos factores de todo tipo. De hecho, entre los pacientes “resucitados” después de un paro cardiaco no suele ser frecuente que el cerebro resulte gravemente dañado.

Ha dicho usted que, debido a los avances en las técnicas de reanimación, las experiencias de casi muerte se han hecho mucho más corrientes en las últimas décadas. ¿Ha habido algún tipo de “resurrección” antes de la aparición de la medicina moderna?

La resurrección, de una forma u otra, es una técnica muy antigua. Escritos médicos fenicios de hace miles de años describían ya técnicas de resurrección mediante el boca a boca. En la Biblia, libro de los Reyes, II, 4:18-37, encontramos también el siguiente sorprendente relato:

Y cuando el niño creció, se cayó un día, y entonces se dirigió a su padre, que estaba con los segadores, y le dijo: “¡Mi cabeza, mi cabeza!” Y el padre le dijo a un joven: “Llévalo con su madre”. Y cuando le fue llevado a su madre, permaneció sentado en sus rodillas hasta mediodía, y entonces murió. Y ella se

incorporó, lo dejó sobre el lecho, cerró la puerta y salió... Ensiló un asno y le dijo a su sirvienta: "Ve..." La sirvienta se dirigió al hombre de Dios... Y él se levantó y la siguió. Y cuando Elias llegó a la casa, vio que el niño estaba muerto, echado sobre el lecho. Entonces entró, cerró la puerta tras ellos dos y oró al Señor. Y luego se incorporó y se echó sobre el niño, puso su boca sobre la de él, y sus ojos sobre sus ojos, y sus manos sobre sus manos; y se extendió sobre el niño; y la carne del niño comenzó a calentarse. Luego se incorporó, recorrió la casa de un lado a otro, y volvió y se tendió nuevamente sobre el niño; éste estornudó varias veces, y luego abrió los ojos. Y cuando la madre entró, le dijo: "Toma, he aquí a tu hijo". Ella cayó a sus pies, se inclinó hasta el suelo, cogió a su hijo y se marchó.

En el libro de los Reyes I, 17, se encuentra una historia similar aunque no tan pormenorizada. Un interesante detalle del párrafo anteriormente citado es que, al resucitar, el niño estornudase. Es una creencia popular de muchos pueblos que el estornudo representa una señal de que el alma ha vuelto a entrar en el cuerpo después de haberlo abandonado por breve tiempo. Este curioso pormenor refleja probablemente dicha creencia.

Entre las técnicas de reanimación conocidas y utilizadas en tiempos antiguos figuraba la aplicación de calor al abdomen de la víctima; otra era la flagelación: se golpeaba a la persona inconsciente con ortigas, en la esperanza de revivirla. No cabe duda de que se utilizaban también otros métodos, pero el que puede parecer más "científico" a nuestra forma de pensar es el descubierto por el médico renacentista Paracelso, un alemán que vivió entre 1493 y 1541. Introdujo el método de "resucitar" a los aparentemente muertos o casi muertos insuflándoles aire en los pulmones mediante un fuelle, instrumento que en aquella época, como en ésta, se utilizaba para avivar el fuego de las chimeneas. Vesalius (1514-1564), otro destacado médico de la época, empleó también el fuelle como método de reanimación y realizó experimentos de respiración artificial. A partir de entonces, el método del fuelle se utilizó en toda Europa durante varios siglos. Otras muchas técnicas, como hacer girar a una persona medio ahogada sobre un barril, o colocar a un individuo encima de un caballo y hacerlo trotar, han venido siendo empleadas en diversas sociedades a lo largo de los siglos. El método de volver a poner en marcha el corazón mediante inyecciones de adrenalina fue descubierto en 1905 por Winter.

Las técnicas de reanimación tienen una larga tradición, y no sólo en las sociedades occidentales y judeocristianas, sino también en las que calificamos de culturas "primitivas". Por ejemplo, algunas tribus indias de América del Norte empleaban el sistema de introducir humo en el recto de la víctima por medio de un instrumento muy parecido a una jeringa. Aunque no parece plausible que esta técnica diese muchos resultados, se dice que fue empleada durante algún tiempo con éxito en las colonias americanas, e introducida en Gran Bretaña hacia finales del siglo dieciocho.

Como los contactos con la muerte son muy corrientes en todo tipo de sociedad, desde la más primitiva a la más desarrollada, me pregunto si las experiencias de casi muerte no pueden explicar en parte un concepto muy antiguo y extendido de la enfermedad. En todo el mundo, y desde los tiempos más remotos, muchas personas han creído que en ciertos casos la enfermedad se debía a que el alma abandonaba el cuerpo. Allí donde imperan estas creencias, el tratamiento se encamina a convencer u obligar al paciente a que retorne a su cuerpo. Cabe mencionar otras creencias populares, como por ejemplo la de los habitantes de las Célebes, unas islas al este de Indonesia, que creen que cuando a una persona se la asusta repentina e inesperadamente el alma puede abandonar el cuerpo, y me pregunto si estas creencias no surgirán en parte de experiencias de casi muerte muy parecidas a las por mí estudiadas.

¿Cuál ha sido la actitud de los médicos hacia estas experiencias?

Como en el caso de los sacerdotes, los médicos constituyen un grupo enormemente variado de seres humanos, con distintas procedencias, intereses y personalidades. Como era de prever, sus respuestas han sido muy diferenciadas. No obstante, pueden clasificarse bastante bien en cuatro categorías, lo que facilita la tarea de analizarlas.

El primer grupo es el de los médicos que han tenido ellos mismos esta experiencia. Su actitud con respecto a la misma no parece ser en ningún sentido distinta a la de cualquier otra persona. Una característica que dos médicos resaltaron en su relato es que, a pesar de la abrumadora realidad de lo que estaban experimentando, su formación científica apenas les había preparado para comprenderla, ni tampoco les había dotado de un lenguaje en el cual expresarla. Cuando le pregunté a un médico sobre su actitud con respecto a su propia experiencia de sentirse fuera de su cuerpo, me respondió: "Como científico habría pensado que no podía ocurrir. ¡Pero ocurrió!"

El segundo grupo es el de los médicos que se han puesto en contacto conmigo para informarme de pacientes suyos que habían manifestado haber tenido estas experiencias. Algunos de ellos me ha señalado que ellos también recopilaron relatos de este tipo, que se habían sentido muy desconcertados por los mismos, y que les alegraba mucho saber que otros investigaron también en este campo.

Un tercer grupo ha manifestado una actitud religiosa hacia estos fenómenos. Creen que el hecho de que se produzcan experiencias de casi muerte confirma su propia fe religiosa en que existe una vida después de la muerte física.

El cuarto grupo se compone de los médicos que creen que las experiencias de casi muerte no son sino fenómenos médicos con los que estamos ya familiarizados. Piensan poder explicar las experiencias de casi muerte basándose en lo que ya sabemos científicamente acerca de la fisiología y de la psicología.

¿Puede citar algunos ejemplos de fenómenos médicos conocidos que se hayan ofrecido como explicaciones de estas experiencias?

Hay una lista casi inagotable de condiciones, conocidas por la Medicina, susceptibles de provocar experiencias que, en un sentido u otro, se asemejan a los fenómenos citados en algunos de los encuentros con la muerte. En *Vida después de la vida* estudié determinadas explicaciones farmacológicas, fisiológicas, neurológicas y psicológicas de las experiencias de casi muerte. No tendría ningún sentido analizar cada una de las posibles explicaciones por separado, pero sí señalaré que los dos campos de la Medicina que parecen terreno abonado para fenómenos muy parecidos a los de casi muerte son los derivados de la anestesiología y neurología. Soy por supuesto consciente de que las personas anestesiadas, especialmente con éter, suelen tener sensaciones como las de entrar en un túnel oscuro. No obstante, no creo que los efectos de la anestesia constituyan una explicación válida y total de las experiencias de casi muerte, ya que en el momento de tenerlas muy pocos de mis pacientes estaban bajo los efectos de ningún tipo de anestesia.

De modo similar, muchos neurólogos me han venido informando, a lo largo de los últimos años, que las experiencias de casi muerte tienen cierto parecido con los ataques cerebrales, especialmente con los del lóbulo temporal. Algunas similitudes evidentes son: 1) las personas con este tipo de ataques suelen informar de que van precedidos por un gran "ruido"; 2) el lóbulo temporal desempeña un gran papel en la función de la memoria, y las personas que han estado cerca de la muerte suelen hablar de una especie de "memoria panorámica o global".

Se podrían seguir buscando paralelismos casi indefinidamente. Cabe argumentar, por ejemplo, que la impresión de luz intensa a que se refieren estas personas se debe simplemente a la interrupción del suministro de oxígeno a los lóbulos occipitales —la zona del cerebro "asiento" de la visión—. Aparte de las ya mencionadas en *Vida después de la vida*, como la autoscopia, me gustaría añadir a la lista las experiencias transmitidas por algunos de sus pacientes al famoso neurocirujano, doctor Wilder Penfield.

En una serie de experimentos, que se ha hecho ya clásica, el doctor Penfield estimuló determinadas áreas del cerebro de sus pacientes mientras estaban sometidos a una intervención quirúrgica. Al hacerlo, descubrió que en la conciencia del paciente se producía una intensificación de la memoria, que revivía hechos ya más que olvidados, que recordaba detalles muy completos y precisos de sucesos ocurridos hacía muchos años.

Personalmente sigo sin convencerme de que estos conocidos fenómenos neurológicos basten para “explicar” las experiencias de casi muerte. Tomemos, por ejemplo, la explicación del ataque cerebral. Este tipo de explicación se basa casi siempre en la premisa de que la causa concreta del ataque es la “anoxia cerebral” —la carencia de oxígeno por parte del cerebro—; pero hace caso omiso del hecho de que todos los fenómenos aludidos, el ruido, la memoria panorámica y la luz, han sido experimentados en situaciones de encuentros con la muerte en que llegó a producirse esta interrupción de riego sanguíneo al cerebro. Recuérdese que, desde el primer momento, puse de relieve que me he ocupado de experiencias de casi muerte en las que no tuvo lugar una muerte clínica aparente, y que éstas contienen muchas de las características que se dan en los casos de dicha “muerte”.

Algunos pueden plantearse ir aún más lejos e intentar explicar las experiencias de casi muerte en que se dieron los fenómenos de luminosidad, memoria panorámica y otros, sin que cesara el suministro de oxígeno al cerebro, diciendo que en estos casos la “tensión” provocada por la cercanía de la muerte fue lo que desencadenó los fenómenos cerebrales citados. Pero me temo que el concepto de “tensión” o “stress” se ha generalizado tanto que no sirve ya como explicación. (En cualquier caso, cabría preguntar: “¿Qué clase de ‘stress’?”)

Resultaría muy sencillo seguir y seguir formulando explicaciones de este tipo. No obstante, me parece también excesivamente fácil aceptarlas como evidentes sin prestar la adecuada atención a los factores o elementos de las experiencias de casi muerte que no se ajusten a la explicación propuesta. Por ejemplo, algunos médicos me han comunicado que no pueden entender cómo sus pacientes pudieron describir las cosas que describieron a menos que hubiesen estado flotando por la habitación justo debajo del techo.

Son también numerosas las personas que me han contado que mientras estaban fuera de sus cuerpos durante una “muerte” aparente fueron testigos de hechos que habían ocurrido lejos de ellos, incluso fuera del hospital, y que fueron posteriormente corroborados por los informes de observadores independientes. Creo que al menos deberíamos mantener nuestras mentes abiertas a la posibilidad de que tales sorprendentes corroboraciones puedan producirse en condiciones experimentales controladas.

Finalmente, debo señalar que estas explicaciones no impresionaron en lo más mínimo a las personas que han tenido ellas mismas estas experiencias. Un joven, reanimado después de una “muerte” aparente, reflexiona lo siguiente:

Es curioso. Es como si se tratase de algo que no puede de ninguna forma existir y que, sin embargo, uno sabe que existe indudablemente.

Ahora sé que hay mucha gente que se niega a creerlo... Personas que vienen y me dicen que científicamente no puede ser... Pero ¿sabe algo? Eso no cambia nada; pues tan seguro como de que estoy aquí sentado ahora, lo estoy de que, si volviese a morir, ocurriría exactamente lo mismo, sólo que ahora podría observarlo mejor. Y me pueden decir que no es así, y me lo pueden jurar, y me lo pueden demostrar científicamente..., y lo único que contestaré es: “Bien, pero yo sé dónde he estado”.

¿Cuál es su actitud persona/ hacia esta investigación? ¿Ha repercutido de algún modo en su propia vida?

Creo que a pesar de haber afirmado que no intento demostrar la existencia de una vida después de la muerte, y de haber formulado todas mis habituales matizaciones y salvedades, muchas de las personas con las que hablo siguen sintiéndose insatisfechas. Quieren saber lo que *creo yo*, Raymond Moody. Estimo la pregunta correcta, siempre que se comprenda que se trata de una cuestión

puramente psicológica, y no de una conclusión lógica que yo intente imponer a nadie. A los interesados por estos detalles de carácter autobiográfico les digo lo siguiente: he llegado a aceptar como parte de mis creencias religiosas que existe una vida después de la muerte, y que el fenómeno que hemos venido analizando es una manifestación de esa vida.

No obstante, lejos de obsesionarme la muerte, deseo vivir. Y las personas a las que he entrevistado se mostrarían de acuerdo conmigo. Como consecuencia de haber pasado por este trance, el foco de su atención lo constituye la vida; pues todos nosotros estamos de momento en esta vida. Al mismo tiempo, espero poder aplicar a mi propia vida las cosas que he aprendido durante esta investigación. Deseo seguir perfeccionándome, en la medida de lo posible, en los campos del amor a los demás y de la adquisición de conocimientos y sabiduría.

Pero también me preocupa mucho que las experiencias de casi muerte no sean pervertidas, transformándose en la excusa para un nuevo culto. Este fenómeno no debería ser identificado conmigo o con cualquier otra persona que lo haya estudiado. La experiencia de casi muerte es sumamente común, y se necesitan perspectivas muy diferenciadas para poder abordarla en toda su complejidad.

Finalmente, en los últimos tiempos me he dado cuenta de que mi larga dedicación a este estudio me ha conferido una característica muy poco corriente: un elevado porcentaje de mis amigos han estado "muertos". Hablando con todas estas personas, he comenzado a descubrir cuan cerca estamos todos de la muerte en nuestra vida cotidiana. Y ahora más que nunca me preocupo de dar a conocer mis sentimientos a aquellos a quienes amo.

EPILOGO

En el libro VII de *La República*, el filósofo Platón (428-348 a. de J. C.) creó para todos nosotros una poderosa y bella alegoría, que ha llegado a conocerse como el mito de la Cueva. Toma la forma de un largo diálogo entre el anciano maestro de Platón, Sócrates, y otro individuo llamado Glauco. Reproduzco aquí esta notable parábola sin ningún comentario. Su pertinencia resulta más que evidente:

—Ahora representate el estado de la naturaleza humana, con relación a la ciencia y a la ignorancia, según el cuadro que te voy a trazar. Imagina un antro subterráneo, que tenga en toda su longitud una abertura que dé libre paso a la luz, y en esta caverna hombres encadenados desde la infancia, de suerte que no puedan mudar de lugar ni volver la cabeza a causa de las cadenas que les sujetan las piernas y el cuello, pudiendo solamente ver los objetos que tienen enfrente. Detrás de ellos, a cierta distancia y a cierta altura, supón un fuego cuyo resplandor los alumbró, y un camino escarpado entre este fuego y los cautivos. Supón a lo largo de este camino un muro, semejante a los tabiques que los

charlatanes ponen entre ellos y los espectadores, para ocultarles la combinación y los resortes secretos de las maravillas que hacen.

—Ya me represento todo eso.

—Figúrate personas que pasan a lo largo del muro llevando objetos de todas clases, figuras de hombres, de animales, de madera o piedra, de suerte que todo esto aparezca sobre el muro. Entre los portadores de todas esas cosas, unos se detienen a conversar y otros pasan sin decir nada.

— ¡Extraños prisioneros y cuadro singular!

—Se parecen, sin embargo, a nosotros punto por punto. Por lo pronto, ¿crees que puedan ver otra cosa de sí mismos y de los que están a su lado, que las sombras que van a producirse enfrente de ellos en el fondo de la caverna?

-No.

—¿Ni cómo habi'an de poder ver más, si desde su nacimiento están precisados a tener la cabeza inmóvil?

—Sin duda.

—Y respecto a los objetos que pasan detrás de ellos, ¿pueden ver alguna otra cosa que las sombras de los mismos?

-No.

—Si pudieran conversar unos con otros, ¿no convendrían en dar a las sombras que ven los nombres de las cosas mismas?

—Sin duda.

—Y si en el fondo de su prisión hubiera un eco que repitiese las palabras de los transeúntes, ¿no se imaginarían oír hablar a las sombras mismas que pasan delante de sus ojos?

-Sí.

-En fin, no creerían que pudiera existir otra realidad que estas mismas sombras.

—Es cierto.

—Mira ahora lo qué naturalmente debe suceder a estos hombres, si se les libra de las cadenas y se les cura de su error. Que se desligue a uno de estos cautivos, que se le fuerce de repente a levantarse, a volver la cabeza, a marchar y mirar del lado de la luz; hará todas esas cosas con un trabajo increíble; la luz le ofenderá a los ojos, y el alucinamiento que habrá de causarle le impedirá distinguir los objetos cuyas sombras veía antes. ¿Qué crees que respondería si se le dijese que hasta entonces sólo había visto fantasmas y que ahora tenía delante de su vista objetos más reales y más aproximados a la verdad? Si en seguida se le muestran las cosas a medida que se vayan presentando, y a fuerza de preguntas se le obliga a decir lo que son, ¿no se le pondrá en el mayor conflicto y no estará él mismo persuadido de que lo que veía antes era más real que lo que ahora se le muestra?

—Así es.

-Y si se le obligase a mirar al fuego, ¿no sentiría molestias en los ojos? ¿No volvería la vista para mirar a las sombras, en las que se fija sin esfuerzo? ¿No creería hallar en éstas más distinción y claridad que en todo lo que ahora se le muestra?

—Seguramente.

—Si después se le saca de la caverna y se le lleva por el sendero áspero y escarpado hasta encontrar la claridad del sol, ¿qué suplicio sería para él verse arrastrado de esa manera? ¡Cómo se enfurecería! Y cuando llegara a la luz del sol, deslumbrados sus ojos con tanta claridad, ¿podría ver ninguno de estos numerosos objetos que llamamos seres reales?

—Al pronto no podría.

—Necesitaría indudablemente algún tiempo para acostumbrarse a ello. Lo que distinguiría más fácilmente sería, primero, sombras; después, las imágenes de los hombres y demás objetos pintados sobre la superficie de las aguas; y por último los objetos mismos. Luego dirigiría sus miradas al cielo, al cual podría mirar más fácilmente durante la noche a la luz de la luna y de las estrellas que a pleno día a la luz del sol.

—Sin duda.

—Y al fin podría, no sólo ver la imagen del sol en las aguas y dondequiera que se refleja, sino fijarse en él y contemplarlo allí donde verdaderamente se encuentra.

-Sí.

—Después de esto, comenzando a razonar, llegaría a concluir que es el sol el que crea las estaciones y los años, el que gobierna todo el mundo visible y el que es, en cierta manera, la causa de todo lo que veía en la caverna.

—Es evidente que llegaría como por grados a hacer todas esas reflexiones.

—Si en aquel acto recordaba su primera estancia, la idea que allí se tiene de la sabiduría y sus compañeros de esclavitud, ¿no se regocijaría de su mudanza y no se compadecería de la desgracia de aquéllos?

—Seguramente.

—¿Crees que envidiaría aún los honores, las alabanzas y las recompensas que allí se daban al que más pronto observaba las sombras a su paso, al que con más seguridad recordaba el orden en que marchaban yendo unas delante y detrás de otras o juntas, y que en este concepto era el más hábil para adivinar su aparición, o que tendría envidia de los que eran en esta prisión más poderosos y más honrados? ¿No preferiría, como Aquiles en Hornero, pasar la vida al servicio de un pobre labrador y sufrirlo todo antes de recobrar su primer estado y sus primeras ilusiones?

—No dudo que estaría dispuesto a sufrir cuanto se quisiera antes que vivir de esa suerte.

—Fija tu atención en lo que voy a decirte. Si este hombre volviera de nuevo a su prisión para ocupar su antiguo puesto en este tránsito repentino de la plena luz a la osuridad, ¿no se encontraría como ciego? —Sí.

—Y si cuando no distingue aún nada, y antes de que sus ojos hayan recobrado su aptitud, lo que no podría suceder sin pasar mucho tiempo, tuviese precisión de discutir con los otros prisioneros sobre estas sombras, ¿no daría lugar a que éstos se rieran, diciendo que por haber salido de la caverna había perdido la vista, y no añadirían, además, que sería de parte de ellos una locura el querer abandonar el lugar en que estaban, y que si alguno intentara sacarlos de allí y llevarlos al exterior sería preciso cogerle y matarle?

—Sin duda¹.

APÉNDICE

CONSIDERACIONES METODOLÓGICAS

Me han sido hechas numerosas preguntas de naturaleza metodológica de personas interesadas en futuras investigaciones en el campo de los fenómenos de casi muerte. He reflexionado además mucho sobre estas cuestiones metodológicas, debido a que a mí personalmente me interesan mucho la lógica y los métodos científicos. He descubierto que estas preguntas pueden agruparse por lo general en cuatro campos: la clasificación, las técnicas para la realización de entrevistas, el método científico y propuestas para futuros estudios en este campo. Deseo ofrecer algunas de mis propias reflexiones a este respecto, en la esperanza de que puedan servir de ayuda a cualquier persona interesada en llevar a cabo estudios sobre los fenómenos de casi muerte y también a los lectores que, al tener una forma de pensar científica o lógica, puedan albergar preguntas sobre estos temas.

I. CLASIFICACIÓN

Tal como he indicado, no todo el mundo que ha estado muy cerca de la muerte informa de haber tenido una experiencia de este tipo; muchos afirman no recordar nada en absoluto de estos trances. Algunas personas sufren incluso una muerte clínica aparente y vuelven a la vida sin acordarse de haber tenido experiencia alguna durante todo ese tiempo. Por otro lado, como también he mencionado, existen personas que han informado de experiencias idénticas a las por mí descritas, aun sin haber estado, por lo que yo sé, cerca de la muerte, y ni siquiera enfermas. Además, las experiencias como las por mí estudiadas se han producido bajo un amplio abanico de situaciones que varían mucho de lo que se podría calificar vagamente de "proximidad" a la muerte.

Estos factores podrían engendrar una cierta confusión en la terminología empleada para discutir estos informes. Me gustaría proponer por tanto algunas definiciones y un esquema de clasificación que pueden contribuir a aminorar la confusión.

En primer lugar, cabría definir como "experiencia de casi muerte" cualquier experiencia perceptual consciente que tenga lugar en una situación de proximidad a la muerte. Esta situación podría calificarse a su vez como un acontecimiento en que una persona podría fácilmente morir o ser muerta —llegando incluso a creérsela o a considerársela como clínicamente muerta—, pero de la que sobrevive, continuando su vida física.

Supongo que de las listas de elementos comunes en las experiencias de casi muerte como los por mí citados en mi libro anterior se podría extraer una clasificación de las "experiencias de casi muerte". De forma rudimentaria, cabe agruparlas en los siguientes tipos de situaciones:

A) Una persona se encuentra en una situación en la que puede fácilmente morir o ser matada, aunque logra escapar ilesa. Suele informar de haber tenido la sensación subjetiva de que iba a estar muerto al poco tiempo. No obstante, y a pesar de todos los pronósticos, sale ilesa del trance.

B) Una persona está gravemente enferma o herida, hasta el punto de que sus médicos la consideran desahuciada. No obstante, no experimenta en ningún momento una muerte clínica aparente y, de hecho, llega a recobrase.

C) Una persona está gravemente enferma o herida, y en un momento determinado se cumple alguno de los criterios necesarios para dictaminar la muerte clínica. Por ejemplo, que su corazón deje de latir, o que deje de respirar. Sus médicos llegan incluso a creerla muerta. No obstante, se ponen en práctica métodos de reanimación, y nadie certifica realmente el fallecimiento. Las medidas de reanimación funcionan y vuelve a la vida.

D) Una persona está gravemente enferma o herida y, como en el caso anterior

E) en un momento determinado se cumple alguno de los criterios para determinar la muerte clínica. Se inician métodos de reanimación, pero parecen no funcionar y se abandonan. Sus médicos la consideran muerta, y se llega incluso a dictaminar su fallecimiento. Es incluso posible que se firme el certificado correspondiente. No obstante, en un momento posterior se reanudan las medidas de reanimación y la persona en cuestión vuelve a la vida.

Una persona está gravemente enferma o herida, y un momento determinado se cumple alguno de los criterios necesarios para determinar la muerte clínica. Como el caso parece insalvable, ni tan siquiera se llevan a cabo medidas de reanimación. Sus doctores la consideran muerta, y se llega incluso a dictaminar su fallecimiento. Es incluso posible que se firme el certificado correspondiente. No obstante, en un momento posterior se aplican medidas de reanimación y la persona en cuestión vuelve a la vida.

F) Una persona está gravemene enferma o herida, y en un momento determinado se cumple alguno de los criterios necesarios para determinar la muerte clínica. Pueden emprenderse o no medidas de reanimación, pero, en el caso de que así sea, se abandonan, y la persona en cuestión es considerada, o incluso dictaminada, muerta. No obstante, en un momento posterior desafía el dictamen de los médicos "resucitando" espontáneamente, sin que se le hayan aplicado métodos de reanimación.

He recopilado ejemplos de experiencias de casi muerte ocurridos en conexión con cada uno de los tipos de situaciones de casi muerte reseñados, salvo el F). Es decir, ninguno de los pacientes que me han relatado una experiencia la tuvieron durante una "muerte" de la que hubiesen revivido por sus propios medios. No obstante, las resurrecciones espontáneas de este tipo ocurren al parecer de cuando en cuando. He hablado con una persona que se "despertó" por sus propios medios después de haber sido dada por muerta, aunque no recuerda haber tenido ningún tipo de experiencia durante ese período de tiempo.

Algunos pueden preguntarse si la ausencia de casos de "recuperación espontánea" en mi estudio no implica que las experiencias de casi muerte no son simplemente resultado de las técnicas de reanimación; es decir, de algún efecto que, de una forma u otra, causan en el cerebro o en el cuerpo los procedimientos empleados. Esto me parece poco probable, por la simple razón de que se han producido experiencias de casi muerte en situaciones de los tipos A) y B), en los que no se emplean medidas de reanimación.

Las descripciones de los tipos D) y E) plantean la cuestión de por qué se emprendieron o reanudaron las medidas de reanimación después de que una persona ha sido declarada muerta. En los casos por mí recogidos correspondientes a estas dos categorías las razones varían mucho. Por ejemplo, en un caso se comprobó que el dedo del paciente se contraía un par de veces después de declarársele muerto. Se inició la reanimación y vivió. En otro, el médico se había dado ya por vencido y le había dicho a la enfermera: "Prepare el certificado de fallecimiento para las tres y cuarto, y lo

firmaré". Poco después llegó a la conclusión de que no se atrevía a darle la noticia al hijo y a la esposa del paciente, pues conocía a la familia personalmente. Se consideró en la obligación de probar una vez más. Así lo hizo, y tras un buen rato de intentos de reanimación el paciente "volvió en sí". En un tercer caso, un miembro del personal auxiliar presente instó desesperadamente al médico a que lo intentase de nuevo. Lo hizo, y el intento dio resultado.

En lo que se refiere a los tipos del A) al E), puedo formular la siguiente observación: en general me parece que, según se avanza desde el tipo A) al E), se va dando una progresión de lo que se podría calificar como profundidad o "totalidad" de las experiencias derivadas de un encuentro con la muerte. Por ejemplo, una persona que ha tenido una experiencia durante un encuentro del tipo A) suele informar simplemente de haber contemplado una visión global de toda su vida, o de haberse sentido durante un breve tiempo como fuera de su cuerpo, mientras que los que estuvieron en situaciones progresivamente más próximas a la muerte incluyen en sus relatos muchos más de los elementos descritos. Las experiencias más completas y vividas que haya escuchado jamás se produjeron en conexión con encuentros de los tipos D) y E). Por otro lado:

1) Por lo que yo sé, y aun en los casos por mí recogidos, ésta no es una correlación *necesaria*, pues me he encontrado con personas a las que se dio por muertas y que revivieron y se acuerdan de muy pocos o ninguno de los elementos de la experiencia, así como con personas que tuvieron experiencias más completas en situaciones de los tipos A) y B).

2) El establecimiento de correlaciones generales entre el tipo de situación y la "profundidad" de la experiencia sólo se podrá realizar mediante estudios científicos que yo no he podido poner en práctica todavía, pero que intentaré describir más adelante en este mismo Apéndice.

II . TÉCNICAS PARA LAS ENTREVISTAS

Se podría afirmar, y con razón, que el método de las entrevistas representa una forma muy poco fiable de recopilar informaciones científicas. Por tanto, no me sorprende que numerosos profesionales de la medicina interesados en el tema me pregunten frecuentemente: "¿Cómo es que va usted por ahí, entrevistando a esa gente?"

Viéndolo retrospectivamente, me parece que esta pregunta es muy ambigua; contiene al menos dos sentidos distintos, y deseo discutir ambos. El primero es: "¿No es posible que, formulando determinado tipo de preguntas, sea usted mismo el que meta esas historias en la cabeza de la gente?" Así formulada, la pregunta plantea un tema muy real e interesante. Las preguntas suelen sugerir respuestas. Creo que para abordar correctamente este problema conviene formular unas cuantas observaciones sobre el concepto de pregunta en general. Las preguntas son, en efecto, funciones muy complejas del lenguaje. Probablemente, resulta imposible encontrar una pregunta que no contenga ningún oponente aseverativo —es decir, que no transmita información—, bien explícitamente en la propia formulación verbal, bien implícitamente en el contexto en que se encuadra la pregunta.

Diría, pues, lo siguiente: desde cierto punto de vista, la técnica de la entrevista es científicamente defectuosa; como se basa en las preguntas, y éstas contienen siempre información, teóricamente surgirá siempre la duda de si la información que parece proceder del entrevistado no habrá sido sugerida por el entrevistador por medio de sus preguntas o de algún otro tipo de recurso.

Como me interesa mucho la lógica y la metodología en general, durante mucho tiempo mi primer impulso fue responder a esta pregunta, originalmente ambigua, como si ya hubiese analizado su primer significado. No obstante, mi respuesta parecía dejar bastante insatisfecho al médico o estudiante de medicina que me había preguntado. Reflexionando sobre ello, y sabiendo que en el campo de la medicina muchas personas se sienten sumamente angustiadas por el tema de la muerte, se me ocurre que probablemente estaban formulando una pregunta muy distinta; de hecho: "¿Cómo diablos se le ocurre sacarle a una persona un tema de conversación tan obsceno como el de su propia muerte clínica?"

Cabe por tanto desglosar la pregunta original en dos distintas, la primera de las cuales tiene un sentido más bien lógico y la segunda un impacto mucho más emocional. Las técnicas que empleo en mis entrevistas pretenden responder a estos dos aspectos.

Empezaré diciendo que cuando inicié mi estudio el tema del mismo no había sido abordado por casi nadie. No se había escrito por tanto ningún manual sobre cómo entrevistar a las personas que vuelven del reino de los muertos. Tuve que aprender basándome en mis propias experiencias —lo que, de hecho, sigo haciendo—, pero he podido formular ya algunas reglas y directrices generales. Espero y confío en que serán modificadas y enriquecidas por otros investigadores.

La primera regla es la siguiente: hay que actuar con gentileza. La gente se muestra reacia a hablar sobre estos temas por temor a verse ridiculizado o a que los demás no les crean. Estoy seguro de que si me hubiese mostrado hostil o inquisitorial con respecto a los entrevistados, intentando buscar contradicciones en lo que dicen, etc., no hubiese llegado nunca a ninguna parte.

En segundo lugar, si se siente incómodo hablando con la gente de sus experiencias, recuerde que puede deberse muy bien a su propio miedo a la muerte. Yo he descubierto que las personas que han tenido experiencias de casi muerte rara vez muestran el mismo tipo de pavor ante la muerte que parece poseernos a muchos de nosotros.

En tercer lugar, y a la luz del problema de las preguntas anteriormente mencionado, creo que lo mejor que podemos hacer es formular preguntas que pongan de relieve la función imperativa y minimicen la de transmisión de información en la medida de lo posible. Se debería iniciar la entrevista con preguntas inconclusas y dejar las más concretas para más adelante.

Yo siempre empiezo con una pregunta lo más neutra posible: por ejemplo: “¿Me podría contar lo que ocurrió?” En un par de casos formulé preguntas mucho más cargadas de intención. Esto se debió a que las personas entrevistadas se hallaban todavía en el hospital, recuperándose de las enfermedades que les habían llevado a los umbrales de la muerte. Sufrían grandes dolores, pero a pesar de ello era evidente que deseaban fervientemente hablar. Reconozco que fui yo quien guió la conversación, pero sólo porque quería terminar las entrevistas lo más rápidamente posible, para que pudiesen descansar. En estos casos les pregunté si en sus experiencias de casi muerte se habían dado determinados elementos o factores propios de este tipo de experiencias. No obstante, si no se acordaban de ellos, decían simplemente que no. Esto me estimula en cierta medida, pues parece confirmar mis puntos de vista.

III. EL MÉTODO CIENTÍFICO

Una objeción para considerar los relatos de experiencias de casi muerte como prueba de la existencia de otra vida es que se trata de casos anecdóticos. El método científico limita mucho el empleo de los testimonios humanos como pruebas. Hay al menos tres buenas razones para ello:

- 1) La gente miente en ocasiones.
- 2) Muchas veces la gente recuerda o interpreta mal las cosas que le ocurren.
- 3) La gente sufre a veces alucinaciones o espejismos, especialmente cuando está sometida a una gran tensión o “stress”.

De hecho, dada la falibilidad general de los testimonios humanos, algunos pueden llegar a afirmar que informes como los por mí recogidos carecen totalmente de valor.

No obstante, conviene contrarrestar este punto de vista con algunas observaciones. En primer lugar, ha ocurrido de cuando en cuando que la ciencia se ha equivocado por no prestar mayor atención a los testimonios humanos. Por ejemplo, hasta las primeras décadas del siglo diecinueve la ciencia se negó a creer y refutó la posibilidad de la existencia de meteoritos (piedras o rocas que caen a la Tierra procedentes del espacio exterior). Persistían, sin embargo, las leyendas populares de piedras que caían del cielo, a pesar de la insistencia de los científicos en que era imposible.

(Argumentaban que no podían caer piedras del cielo, pues en el cielo no había piedras.) Finalmente, dos profesores de Princeton contemplaron la caída de un meteorito y recogieron los fragmentos para poder analizarlos en la universidad.

El rechazo de los testimonios humanos como prueba suele constituir un arma de dos filos. Supongamos que como es cierto que muchas veces la gente miente, se equivoca, etc., podemos evitar el error no aceptando los testimonios humanos. No obstante, y por la misma razón, como es igualmente cierto que en otras ocasiones la gente es sincera, interpreta correctamente lo que les pasa, etc., negándonos a aceptar lo que nos cuentan corremos el riesgo de ignorar una verdad.

Además, en muchos casos lo único con que contamos para avanzar en determinados campos son los testimonios humanos, y la supervivencia después de la muerte física es ciertamente uno de ellos. Evidentemente, los informes de las personas que han estado cerca de la muerte no constituyen una prueba o evidencia al respecto; pero si, como hemos descubierto, sus distintos informes concuerdan a la perfección, tenemos todo el derecho a sentirnos impresionados por esta realidad, aunque no sea prueba de nada.

Finalmente, el que nuestras actuales metodologías científicas y sistemas conceptuales no sirvan para abordar un fenómeno generalizado, no debe llevarnos a rechazarlo. Lo ideal sería que este hecho nos incitase a inventar nuevos conceptos y nuevas técnicas de investigación que no contradigan, sino que se apoyen en aquellas a que estamos ya acostumbrados y las hagan avanzar.

Yo he sido el primero en reconocer que el estudio que he efectuado no es estrictamente "científico", y eso por muchas razones; por ejemplo, la muestra de pacientes a los que he entrevistado no es verdaderamente aleatoria, sino que en su elección han intervenido otros muchos factores, aparte de la casualidad. También, y como hemos visto, mi estudio se compone de informaciones de carácter anecdótico, que no representan pruebas científicamente admisibles.

Algunas de estas deficiencias son solucionables, pues se deben a mis propias limitaciones de tiempo y recursos. Existen no obstante otros problemas derivados de la propia naturaleza del tema estudiado que harían sumamente difícil, si no imposible, llevar a cabo una investigación indudablemente científica en condiciones experimentales adecuadamente controladas. Estos problemas son de carácter moral y de procedimiento. ¡Evidentemente, no podemos poner a un número estadísticamente significativo de personas en estado de muerte clínica para poder registrar sus impresiones sobre una supuesta resurrección!

Las situaciones clínicas en que se dan no son medios experimentales controlados, sino más bien casos de emergencias médicas. El primer deber de un médico y del personal auxiliar en esas circunstancias es, y debe ser, salvar al paciente, intentar revivirle. No es tarea suya realizar experimentos relativos a la naturaleza o validez de las experiencias de casi muerte.

Parece que lo único claramente dentro de las fronteras de lo moralmente aceptable es la recogida de datos una vez que el paciente haya vuelto la vida. Pero los datos muchas veces se producen durante los mismos intentos de reanimación, y no porque se haya pretendido hacerlo así para fines científicos, sino más bien como consecuencia o resultado secundario de las medidas terapéuticas o de diagnóstico adoptadas. Por ejemplo, los registros clínicos pueden mostrar muchas veces por qué una persona "murió" o estuvo muy próxima a la muerte, cuánto tiempo permaneció en ese estado, cómo salió de él, cuáles fueron sus primeras respuestas al recuperarse, qué drogas o medicamentos se le administraron, etc. Datos más exactos son los que pueden suministrar las máquinas EEG o EKG, como temperatura y presión sanguínea registradas, los resultados de cualquier prueba de laboratorio realizada antes de la emergencia, etc. Cabe pensar que los avances en la tecnología o instrumentos de reanimación logren que en un futuro próximo estos datos sean todavía más fiables y fáciles de obtener.

IV. SUGERENCIAS PRELIMINARES PARA FUTURAS INVESTIGACIONES

Dada la disponibilidad de datos como los anteriormente mencionados, y posiblemente de otros tipos, ¿cómo se pueden estudiar las experiencias de casi muerte? Una posibilidad es la formación de un grupo interdisciplinario de estudio en el que colaboren representantes interesados por el tema

procedentes de numerosos campos. Entre éstos deberían figurar la medicina, la fisiología, la farmacología, la filosofía, la psicología, la psiquiatría, la antropología, la religión comparativa, la teología y el clero.

Un grupo de estas características podría abordar un gran número de tareas. Entre ellas figuran las siguientes:

A) Recopilar de forma más sistemática y organizada ejemplos de experiencias de casi muerte. Por ejemplo, sería interesante contactar con los médicos y el personal auxiliar de los hospitales y pedirles que pregunten a todos los pacientes que reaniman si han tenido alguna experiencia, y que registren sus respuestas; o pedirles que permitan a un equipo de investigadores contactar al paciente para averiguar si ha tenido o no una experiencia de este tipo. Nota: Los casos en que no se hubiese dado experiencia alguna serían también interesantes para los estudios comparativos.

B) Buscar y recopilar registros clínicos del tipo de "después de la emergencia" anteriormente citado para el mayor número posible de experiencias de casi muerte. Eso sería valioso, como prueba de que la persona que describe una experiencia realmente "murió" o estuvo muy próxima a la muerte. Además, estos datos posibilitarían la elaboración de una tabla estadística más fiable del estado clínico de las personas que han tenido estas experiencias, y contribuiría a revelar si cabe esperar algún modelo o pauta relativo a la causa de la muerte, la edad en el momento de la experiencia, los métodos de reanimación adoptados, etc. Cabría establecer una correlación estadísticamente mejor que la mía sobre el período de tiempo en que una persona permanece en ese estado de crisis fisiológica y la profundidad o intensidad de su experiencia.

C) Realizar una investigación sobre los casos en que, con total independencia, se dé una convincente coincidencia de datos. Se podrían elaborar casos "ideales" que se ajustasen a normas o pautas como las siguientes:

1) En una unidad de cuidados intensivos un individuo, Mr. A., está siendo tratado por un equipo médico a causa de una grave crisis. Como su tratamiento ha durado ya cierto tiempo, se tuvo ocasión de graduar cuidadosamente los instrumentos, de que el equipo médico pueda controlar su estado, etc. Por tanto, los contadores proporcionan información acerca de la presión sanguínea y la respiración, mientras que un EKG controla el funcionamiento de su corazón y un EEG mantiene al personal informado sobre su actividad cerebral. En un momento concreto, Mr. A. sufre un paro cardíaco y respiratorio que resulta clínicamente visible, y que es también registrado por los aparatos. Alguno de los presentes es testigo, y deja constancia de que las pupilas de Mr. A. se dilatan y de que la temperatura de su cuerpo comienza a descender. Se inician de inmediato medidas de reanimación, y al cabo de un determinado período de tiempo tienen éxito. Mr. A. se recupera.

Poco después, Mr. A. informa a sus médicos de haber tenido una experiencia fantástica mientras estuvo "muerto"; que le pareció salir de su propio cuerpo y contemplar los intentos de reanimación desde otro punto de vista. Manifiesta que, en este estado, salió de la sala y marchó a otro lugar, en el que fue testigo de algún hecho desacostumbrado, que pasa a describir detalladamente.

No sólo el personal médico está de acuerdo en que el relato que hace Mr. A. de sus actividades de reanimación se ajusta a la realidad, sino que una comprobación inmediata determina que el suceso que afirma haber contemplado mientras estuvo fuera de la sala ocurrió casi exactamente allí y como él dijo. Cabe demostrar asimismo que el hecho tuvo lugar en el preciso momento en que Mr. A. estuvo en un estado de muerte clínica, según atestiguan las líneas planas de los aparatos EEG y EKG.

2) Supongamos que dos o más personas experimentan simultáneamente una "muerte" clínica y son luego resucitadas. Esto podría ocurrir, por ejemplo, en el transcurso de algún tipo de accidente masivo, o si diese la casualidad de que dos o más personas "muriesen" al mismo tiempo en el mismo centro u hospital. Supongamos, además, que tan pronto volviesen a la vida informasen, estando todavía aislados el uno del otro, que se habían comunicado entre sí mientras estaban fuera de sus cuerpos. Manteniéndoles aislados, sería posible registrar sus manifestaciones de forma independiente. Si coincidieran, el hecho sería de la mayor importancia e interés.

No obstante, ninguno de estos dos tipos de casos constituirían necesariamente una prueba de la existencia de otra vida después de la muerte, ya que la percepción ex-trasensorial podría ser una posible explicación de estos dos casos "ideales". Siempre se podría pensar que los pacientes pudieron observar todo lo que observaron no saliendo realmente de sus cuerpos, sino telepáticamente,

recogiendo los pensamientos de personas que estaban allí físicamente.

No pretendo afirmar que haya probabilidad de que los investigadores descubran casos tan perfectos como los anteriormente expuestos; lo que sugiero es que deben formular una serie de modelos teóricos. Utilizándolos como norma, podrían comparar los casos reales entre sí y con los “modelos” y descubrir una “regla o medida” para clasificar estas experiencias.

D) Los investigadores especializados en psicología podrían entrevistarse a fondo con los pacientes que han estado en el umbral de la muerte; de este modo les sería posible descubrir valiosas claves, como, por ejemplo, en qué medida ha cambiado el carácter del paciente debido a su experiencia, hasta qué punto influyó su formación y apariencia emocional en su interpretación de la misma, etc. Una comparación entre los resultados revelaría en qué difiere entre sí la gente que ha tenido experiencias de casi muerte, y en qué difiere con respecto al resto de la gente.

E) Se podrían estudiar y explicar por separado los distintos elementos o factores de las experiencias de casi muerte. Supongamos, por ejemplo, que el “ruido ensordecedor” que oye la gente en el umbral de la muerte resulta tener una explicación fisiológica concreta. Ello no querría decir que cualquier otro factor de la experiencia, por ejemplo el encuentro con parientes y amigos anteriormente fallecidos, tenga necesariamente la misma clase de explicación.

F) Se podría llevar a cabo una amplia investigación de las experiencias de casi muerte en contextos muy distintos al de la moderna sociedad occidental. Cabría recabar la ayuda de antropólogos para recoger experiencias de casi muerte de miembros de otras culturas. Una cuidadosa revisión de nuestra literatura, folklora e historia podría arrojar nuevos casos en nuestra propia tradición occidental. Cabría incluir un experto en el campo de la religión comparada para buscar paralelismos entre las numerosas creencias religiosas que existen en el mundo. Las posibilidades son, como se puede ver, inabarcables.

G) Podría reunirse en grupos a las personas que han tenido experiencias de casi muerte, para que discutiesen entre sí sus respectivas experiencias. Lo he hecho en diversas ocasiones y creo que este método reúne numerosas ventajas. Hasta ahora, la mayor parte de la gente que ha pasado por un trance de este tipo creen haber sido los únicos, o que sus casos son tan raros que no podrán encontrar nunca a nadie que haya tenido una experiencia parecida.

En un grupo cabe despejar esta impresión, tanto intelectual como emocionalmente. Se supera también el problema de comunicación. La gente afirma que por primera vez se encuentran con otras personas que realmente les comprende, y simpatiza con ellos, a pesar de las limitaciones y problemas que plantea el lenguaje. Al acabar una experiencia de grupo de este tipo, un hombre se mostró entusiasmado. “Ha sido la velada más fantástica de toda mi vida. He podido discutir cosas de las que normalmente no puedo hablar”. Yo personalmente, como observador de estos grupos, he descubierto que me han permitido comprender mucho mejor que antes qué representa una experiencia de casi muerte.

Me gustaría añadir aquí dos indicaciones: me parece que el grupo óptimo son tres personas que hayan pasado por este trance; puede servir también de ayuda la presencia de los cónyuges de los participantes. Muchas veces, a ellos mismos les ha costado trabajo comprender la experiencia de su mujer o marido, y puede servirles de ayuda oír a otras personas relatar una experiencia parecida.

H) Finalmente, creo que se debería prestar mucha atención a los razonamientos de aquellos que consideran estos fenómenos explicables en términos de causas naturales y conceptos científicos con los que estamos ya familiarizados; por ejemplo, la actividad eléctrica residual del cerebro. Ni que decir tiene que las ciencias naturales nos han hecho avanzar enormemente en nuestra comprensión del universo.

Estimo al mismo tiempo que no se debería caer en la tentación de aceptar simplistas explicaciones naturales sin someterlas a algún tipo de “test” o comprobación. He oído a mucha gente comentar que, “evidentemente”, la explicación de los fenómenos de casi muerte es, por ejemplo, la anoxia cerebral —es decir, la falta de riego sanguíneo al cerebro—. Resulta muy fácil sacarse de la manga todas las posibles explicaciones naturales de este tipo que se quiera, pero me atrevo a sugerir que lo que se echa en falta es la demostración experimental concreta de que cualquiera de estas explicaciones es correcta. Tal como señalé en *Vida después de la vida*, lo que me hace dudar de esta clase de explicaciones simplistas es que yo puedo descubrir determinadas experiencias de casi muerte para las que ninguna de las explicaciones que se me han dado se ajuste a los hechos o situación en que se dan

estas experiencias particulares.

Después de todo, hay mucha diferencia entre “explicar” un problema y limitarse a quitárselo de encima. Para lo segundo lo único que hay que hacer es reducir el fenómeno aparentemente nuevo a otro ya conocido, o afirmar que el nuevo no es sino una variante especial de fenómenos con los que estamos ya familiarizados —o creemos estarlo—. Me parece que deberíamos al menos mostrarnos receptivos a la posibilidad de que los que parecen ser fenómenos nuevos sean verdaderas anomalías; es decir, hechos que no encajan en la estructura de nuestra anterior visión del mundo, pues uno de los mayores incentivos para el avance del saber humano ha sido precisamente esta receptibilidad a lo que nuestra experiencia considera como anomalías.

V. ALGUNAS CONCLUSIONES FINALES

Me permito terminar esta sección sobre metodología con algunas observaciones casuales que pueden servir de ayuda a los futuros investigadores de este fenómeno. En primer lugar, creo que los investigadores deben esquivar la tendencia a rechazar las experiencias de casi muerte como temas no dignos de ser investigados, simplemente porque determinados factores o componentes de las mismas entren en conflicto con suposiciones firmemente arraigadas acerca de la naturaleza del universo.

Reconozco que las experiencias de casi muerte contienen determinados aspectos que, desde nuestra actual perspectiva, resultan totalmente ininteligibles. Surgen, por ejemplo, aparentes incongruencias en relación con el tiempo. La actual concepción occidental del tiempo lo considera como una característica más del universo físico, que fluye constantemente de forma lineal; y, sin embargo, la gente que retorna de una experiencia de casi muerte afirma que el tiempo “se detuvo”.

Carezco de respuestas para las personas que me formulan preguntas acerca de estas aparentes anomalías. No obstante, y estoy bastante seguro de que algunos físicos y filósofos se mostrarían de acuerdo conmigo, la idea del tiempo dictada por el sentido común genera por sí misma numerosas paradojas, sin tomar para nada en cuenta las visiones que se producen en el umbral de la muerte. Las cuestiones y dilemas adicionales planteados por el estudio de las experiencias de casi muerte no representan sino una gota de agua en la inmensidad del océano.

Prevengo también a los investigadores que eviten la tendencia a dar por sentado que cuando una persona ha estado “muerta” y ha tenido esta experiencia debe saber ya todo lo que hay al otro lado de la muerte; pero nadie ha vuelto de un trance de este tipo considerándose infalible u omnisciente con respecto a la otra vida. Por el contrario, la mayor parte de la gente se ha mostrado genuinamente desconcertada por muchas de las cosas que experimentaron. En otras palabras, si una persona puede errar en este mundo antes de tener una experiencia de esta clase, no hay ninguna razón para creer que va a ser infalible después de volver de la “muerte”.

Finalmente, nuestra comprensión de la mente humana avanzaría mucho si las personas interesadas en las investigaciones sobre las experiencias de casi muerte se ocuparan de un solo aspecto a la vez. Creo que un gigantesco proyecto de investigación destinado a demostrar que existe una vida después de la muerte representaría un error de concepción, y que, dado el actual nivel de nuestros conocimientos, resultaría excesivamente ambicioso. Lo que yo personalmente pienso es que, dentro de un contexto puramente científico, puede no haber nunca pruebas de la existencia de una vida después de la muerte.

Creo, por otro lado, que un elevado número de proyectos individuales de investigación, destinado cada uno de ellos a verificar alguna hipótesis experimental concreta y más limitada, podría arrojar datos científicamente utilizables acerca de las experiencias de casi muerte. Estoy además convencido de que el resultado final de la acumulación de pequeños fragmentos de conocimiento a través de estos laboriosos intentos individuales contribuiría probablemente a aclarar el tema de si hay o no una vida después de la muerte, sin que llegase a darse jamás una única prueba científica de carácter concluyente.

Intentaré ilustrar mi afirmación por medio de una analogía. Aunque mayoritariamente nosotros creemos en la existencia de los átomos, por lo que yo sé no ha habido jamás una única prueba concluyente de su existencia; lo que ha ocurrido parece ser más bien que se ha dado un prolongado desarrollo histórico del pensamiento sobre estas hipotéticas entidades. Ya cientos de años antes de Cristo, filósofos griegos, como Demócrito, habían concebido una teoría atómica de la materia. Postulaban la existencia de partículas de materia diminutas e "invisibles". Lo hicieron basándose en parte en un razonamiento abstracto, deductivo y metafísico, pero también en sus propias observaciones empíricas de diversos fenómenos naturales, como la dispersión y el desgaste imperceptible y paulatino de grandes objetos. A lo largo de siglos de desarrollo intelectual, durante los cuales se fue alternando el concepto del átomo y las técnicas para la verificación de su existencia se fueron por tanto modificando, la teoría atómica ha llegado lentamente a ser universalmente aceptada.

Creo que cabe dentro de lo posible que, de un modo parecido, casi todo el mundo pueda llegar a aceptar intelectualmente, incluso sin pruebas tajantes, que hay otra dimensión de la existencia a la cual pasa el alma después de la muerte. Recuérdese que cuando desafiamos a una persona que ha tenido una experiencia de esta clase a que demuestre que existe una vida después de la muerte, lo que se trasluce es nuestra propia angustia ante la posibilidad de que la muerte sea el fin de todo. Pero la mayor parte de las personas que han tenido experiencias de casi muerte no parecen interesadas en demostrárselo a otra gente. Un psiquiatra que tuvo una de estas experiencias me dijo: "Los que las han tenido, saben. Los que no, deberían esperar".

BIBLIOGRAFÍA

EXPERIENCIAS DE CASI MUERTE Y OTRAS PARALELAS

- Barren, William, *Death-Bed Visions*, Londres, Methuen & Co., 1926.
- Beda, A *History of the English Church and People*, Harmondsworth, Inglaterra, Penguin Books, 1968. Canning, Raymond R. "Mormon Return-From-The-Dead Stories", *Utah Academy Proceedings*, XLII (1965). Citado en *The Sociology of Death*, de Glen M. Vernon. Nueva York, The Ronald Press Co., 1970, págs. 64-65.
- Delacour, Jean-Baptiste, *Glimpses of the Beyond*. Nueva York, Delacorte Press, 1973. De Quincey, Thomas. *Confessions of An English Opium Eater With Its Sequéis Suspiria De Profundis and The English Mail-Coach*, dir. de ed. Malcolm Elwin; Londres, Macdonald & Co., 1956. Dobson, M., et al. "Attitudes and Long Term Adjustment of Patients Surviving Cardiac Arrest", *British Medical Journal*, Vol.3 (1971), págs. 207-212. Hamilton, Edith, y Huntington Cairns, dirs. de ed. *The Collected Dialogues of Plato*, Bollington Series LXXI. Nueva York, Pantheon Books, 1961. Hunter, R. C. A., "On the Experience of Nearly Dying". *American Journal of Psychiatry*, 124 (1967), págs. 122-126.
- Jackson, Kenneth H. *A Celtic Miscellany*. Londres, Routledge & Kegan Paul, Ltd., 1971. James, William. *The Varieties of Religious Experience*. Nueva York, New American Library, 1958. Jung, C. G. *Memories, Dreams and Reflections*, dir. de ed. Aniela Jaffé, Nueva York, Vintage Books Kübler-Ross, Elisabeth. *On Death and Dying*. Nueva York, Macmillan, 1969. Neihardt, John G. *Black Elk Speaks*. Nueva York, Pocket Books, 1972. Noyes, Russell. "The Experience of Dying", *Psychiatry*, Vol. 35 (1972), págs. 174-184. Noyes, Russell, y Roy Kletti, "Depersonalization In The Face Of Life-Threatening Danger: A Description", *Psychiatry*, Vol. 39 (1976), págs. 19-27. Osjs, Karl. *Deathbed Observations by Physicians and Nurses*. Parapsychological Monographs, núm. 3. Nueva York, Parapsychology Foundation, 1961. Osjs, Karl, "What Do The Dying See", *Newsletter of the American Society For Psychical Research*, 24 (invierno de 1975). Pandey, Carol. "The Need For The Psychological Study of Clinical Death", *Omega*, Vol. 2 (1971), págs. 1-9.
- Ritches, George. *Return From Tomorrow*. Lincoln, Virginia, Chosen Books, 1977. Tylos, Edward B. *Primitive Culture*, Vol. II. Nueva York, Henry Holt and Company, 1874. Uekshuell, K. "Unbelievable For Many, But Actually a True Occurrence", *Moscow Journal* (finales del siglo XIX). Traducido y publicado en *Orthodox Life*, Vol. 26, núm. 4 (1976), págs. 1-36.

Libros Tauro

<http://www.LibrosTauro.com.ar>